

Furtună

La tormenta

Un viaje largo

Alina se despertó cuando el autobús se detuvo con un silbido de frenos largo, casi cansado, como si también él estuviera cansado de arrastrar cuerpos y maletas por la carretera. Durante unos segundos no supo dónde estaba. La cabeza le pesaba, la boca se le había quedado seca y el cuello protestaba al menor movimiento. El calor entró de golpe por la puerta abierta y alguien, cerca del conductor, anunció una parada breve. El Tiemblo.

Miró por la ventana. Una estación pequeña, un edificio bajo, sin prisas ni pretensiones. Un par de chicos mirando el móvil a la sombra, apoyados contra la pared, como si el tiempo allí no empujara tanto. El cartel azul confirmaba el nombre del lugar y, debajo, Ávila.

Levantó el móvil. Menos de una hora hasta su destino: Navandrial.

Sintió una calma breve, tímida, que enseguida quedó eclipsada por el cansancio. Tres días enteros de viaje hacen mella a todo ser que lo sufre. El cuerpo llega a un punto en el que deja de quejarse y simplemente se mantiene, por pura inercia. Las piernas hinchadas, la espalda rígida, la sensación constante de haber dormido mal en todos los lugares posibles.

Cerró los ojos un instante y dejó que el recuerdo del trayecto se ordenara solo. Todo había empezado en la región de la Moldavia rumana, cerca de la ciudad de Botoșani, al norte de Rumanía. Tierra agrícola, inviernos largos, veranos secos. Allí había subido al autobús de la compañía Tabita Tour, el más barato que había encontrado. Los que eligen quienes no pueden permitirse un avión o quienes, aun pudiendo, prefieren otra cosa. Familias enteras cruzando media Europa con bolsas de comida, mantas dobladas y una paciencia aprendida a base de necesidad. El precio era bajo. El pago, alto. Tres días seguidos de carretera, estaciones impersonales, fronteras, paradas que se parecían unas a otras hasta perder identidad. Aun así, Alina se decía que no había sido tan terrible. Se lo repetía ahora, sentada en aquel Cevesa que la llevaba desde la estación de Méndez Álvaro de Madrid hacia el sur de la sierra de Ávila. Será

porque nunca le habían gustado los aviones. No era solo miedo irracional, era esa sensación de poner su vida en las manos de otro lo que no le gustaba, incluso en la carretera, aunque al menos estaba cerca del suelo y no a diez mil metros de altura.

El móvil vibró en su mano. Varias llamadas perdidas por WhatsApp de su madre. Alina sonrió sin querer. Sus padres no eran de muchas palabras ni de abrazos largos. Los desbordes emocionales no era algo característico de ellos. Pero en aquellos tres días habían estado llamando cada dos horas. Siempre con una excusa: saber si había comido, si el autobús iba bien, si no hacía frío por la noche. Su pequeña se había ido del nido, y aunque ellos no lo admitieran, Alina lo notaba. En los silencios. En la insistencia.

Escribió un mensaje corto:

Ya casi lleigo. Todo bien.

Sabía que no bastaría. En el fondo, su madre no estaba preguntando por el viaje. Estaba comprobando que su hija seguía allí, al otro lado del teléfono, que no se había perdido en la carretera ni en la distancia. Era ella quien siempre llevaba el peso de las llamadas, quien dominaba el teléfono y las pantallas, quien insistía. Su padre nunca había sido de tecnología. Lo dejaba todo en manos de su esposa. Los temblores en las manos le dificultaban manejar los móviles modernos y, con el tiempo, había acabado cogiéndoles una especie de rechazo silencioso. Así que cuando el teléfono vibraba, Alina sabía que, de alguna forma, los dos estaban preguntando por ella.

El autobús volvió a ponerse en marcha y el paisaje empezó a cerrarse en montañas. Más curvas, más pinos, el aire algo distinto. Era junio y hacía calor, pero no el mismo calor que en la llanura. Aquí parecía más seco, más limpio, como si el sol no pesara tanto.

Pensó en su tío Vasile. La estaría esperando en la parada de San Juan del Molinillo. Así se lo había repetido su madre una y otra vez. "Fíjate bien cuando bajes. Estará allí, no te preocupes. No te despistes", como si Alina fuera todavía una niña. Hacía casi quince años que no se veían. Vasile había llegado a España a principios de los dos mil, cuando todavía eran pocos los rumanos que se atrevían a cruzar tan lejos y el emigrar aún era una aventura incierta. Al principio trabajó en la construcción, como tantos. Luego conoció a Ana.

La tía Ana era de allí. Del campo. De vacas, de perros y de caminos que no llevan a ningún sitio concreto. Con ella se fue a vivir a la sierra y con ella aprendió otra forma de estar en el mundo. La ganadería llegó después, casi sin buscarla, como llegan las cosas que terminan quedándose. Hacía un año que había muerto, y el golpe había sido seco para toda la familia. Ana era alegre, abierta, de una cercanía que no se olvidaba, y además era guapa, de esas personas que iluminan una habitación sin proponérselo. Para todos, en Rumanía, era *la española*. Para Vasile era su *aceitunita*, como aquella marca de aceitunas que siempre traían cuando venían de visita, un nombre que en rumano sonaba extraño y cariñoso a la vez.

Alina sabía poco de cómo lo había llevado su tío, más allá de lo que su madre le contaba. Sabía que había sido duro, que Ana llevaba tiempo enferma y que la familia había gastado lo poco que tenía intentando ayudarla desde la distancia. Al final, a Vasile solo le quedaron una casa de pueblo, una nave agrícola y todo el ganado del mundo. Para Alina la pérdida también había sido profunda. De algún modo, ella quería ser como Ana: tan abierta, tan acogedora, tan distinta de lo que solía verse en los pueblos del norte de Rumanía. Tenía ganas de ver a su tío, sí, pero también una vergüenza callada por haber estado tan lejos durante tanto tiempo, por no haber podido estar allí con sus tíos cuando más falta hacía.

Había venido a España con una idea clara, aunque todavía frágil. En Rumanía trabajaba como profesora de inglés y, aunque se le daban bien las lenguas, aquello apenas le daba para vivir. No solo dominaba el inglés, también el español con mucha fluidez, aprendido a base de canciones, películas y series, con doble motivación por su familia española. Además sabía algo de francés y de ruso. Su región se le había quedado pequeña, no solo por lo económico, sino por la sensación de estar siempre en el mismo lugar sin mucha esperanza de cambio.

La oportunidad surgió casi sin buscarla. Vasile le habló de la UNED, de la posibilidad de hacer un máster a distancia, de quedarse una temporada en España. Vivir con él significaba tener casi todo cubierto y, a cambio, poder ayudar en casa. Ayudar de verdad. Estar. Alina entendió entonces que no venía solo a estudiar. Había también una culpa callada, una necesidad de enmendar la distancia de los últimos años, de estar presente ahora que su tío se había quedado solo. La muerte de Ana había sucedido lejos de ella, y esa ausencia pesaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Así que, con veintisiete años, decidió dar el salto. No era huir. Era, por primera vez, intentar quedarse, o estar donde el sentido familiar dictaba.

El autobús se detuvo con un golpe seco y el motor quedó vibrando. San Juan del Molinillo no tenía estación como tal, solo una parada junto a la carretera, una marquesina sencilla, con los cristales rotos y un silencio que a Alina le pareció casi excesivo después de tantos días de ruido constante. Bajó con la mochila al hombro y la maleta arrastrando, todavía con la sensación de no haber terminado del todo el viaje.

Entonces lo vio. Vasile estaba de pie junto al coche, apoyado en la puerta de su viejo Dacia Logan, como si llevara allí un rato esperando. Alzó la mano al reconocerla y sonrió con una mezcla de alivio y algo más difícil de nombrar. Alina se quedó quieta un segundo, dudando, como si los años transcurridos pesaran de pronto más de lo esperado. Fue él quien dio el primer paso.

La abrazó fuerte, sin prisas, con esos abrazos que no preguntan nada y lo dicen todo. Alina apoyó la frente un instante en su hombro y respiró hondo. Olía a campo, a ropa tendida al sol, a algo familiar que no había sabido que echaba tanto de menos.

—Has llegado —dijo él, casi como una constatación—. Ya estás aquí.

Subieron al coche y dejaron atrás la parada. La carretera se estrechó enseguida. Apenas tres kilómetros hasta Navandrinal, pero eran tres kilómetros que parecían apartarlos del mundo. El asfalto estaba lleno de pequeños baches y curvas cerradas que obligaban a reducir la velocidad. A un lado y otro, las montañas se levantaban sin orden aparente, como si el paisaje se hubiera plegado sobre sí mismo. Alina miraba por la ventanilla intentando abarcarlo todo. Aquello era muy distinto a su tierra. En su pueblo, el horizonte se abría en grandes llanuras, campos que se perdían a lo lejos, colinas suaves que no imponían respeto. Allí, en cambio, todo parecía más cercano, más vertical. Las montañas se cerraban unas sobre otras, y la carretera avanzaba como si pidiera permiso para existir.

—Ya casi estamos —dijo Vasile señalando hacia delante—.

Navandrinal apareció de repente al girar una curva, sin anuncio previo. Un puñado de casas agrupadas al final de la carretera, como si el pueblo hubiera decidido no avanzar más. El aire era algo más fresco allí arriba, incluso en pleno junio, y Alina tuvo la sensación de que el tiempo pasaba de otra manera.

La casa de su tío estaba en el extremo, la última del pueblo. Detrás, solo montañas. Entraron y a Alina le bastó un vistazo para entender que poco había cambiado desde la última vez que Ana estuvo allí. Las fotos seguían ocupando los mismos lugares: en la pared del pasillo, sobre una estantería, junto a la ventana. Ana sonreía desde casi todos los rincones, siempre igual de abierta, igual de viva. La casa estaba limpia, pero detenida, como si el tiempo se hubiera quedado esperando algo.

Vasile dejó las llaves sobre la mesa y se movió por la cocina con torpeza amable, sacando platos, encendiendo el fuego. Preparó algo sencillo, rápido, sin complicaciones. Alina se sentó y observó en silencio. Notaba que aquella llegada no era solo un cambio para ella. También lo era para él. Cenaron poco, pero juntos. Su tío estaba sorprendentemente animado. Le hizo los mismos chistes de cuando ella tenía catorce años, repitiendo historias que Alina recordaba casi palabra por palabra. Ella se reía con una mezcla de cariño y cansancio, y pensaba en lo rápido que habían pasado los años. Para él, su sobrina había crecido de golpe. Para ella, su tío parecía el mismo y, al mismo tiempo, alguien distinto.

—Mañana descansamos —dijo Vasile mientras recogía—. Ya habrá tiempo de todo.

Alina asintió. Sentía el cuerpo rendido, pero la cabeza despierta, como si aún no se hubiera instalado del todo en aquel lugar. Subió a la habitación que sería la suya y dejó la maleta sin abrir. Se sentó un momento en la cama y escuchó el silencio que entraba por la ventana abierta.

Allí, al final del camino, empezaba algo nuevo. No solo para ella. También para su tío.

Cerró los ojos. Por primera vez desde que había salido de casa, no tuvo la sensación de estar de paso.

El final del verano

El verano no terminó: se fue retirando. Se llevó junio, se llevó julio, se llevó agosto, y dejó en su lugar una continuidad de tardes largas que Alina apenas supo contar. En septiembre, el sol seguía apretando, pero el aire cambió de intención. Ya no era el mismo calor que te abraza, sino el que te empuja. Como si la estación, sin decir nada, hubiera empezado a dar media vuelta.

Había descubierto muchas cosas de España en aquellos meses, y casi ninguna se parecía a lo que había visto durante años en la televisión. Por mucho que hubiera repetido capítulos de sus series favoritas de *Los Serrano* o *Aquí no hay quien viva* desde su pequeño pueblo de la región de Botoşani, aquello no tenía nada que ver con Navandrinal. Allí no había portales ruidosos ni familias gritándose. Había silencios. Había tiempo. Había días que no parecían avanzar si una no se detenía a mirarlos con atención.

Ya estaba matriculada en la universidad y esperaba con una impaciencia tranquila el inicio del curso en octubre. Estudiar le daba estructura. Le daba continuidad. Era la parte de su vida que no había cambiado al cruzar medio continente. Todo lo demás sí.

No había socializado demasiado. Nunca había sido de forzar las cosas. No buscaba amistades con ansiedad ni se sentía incómoda por estar sola. En realidad, casi nunca había tenido muchas amigas. Se llevó siempre bien con la soledad. Crecer en un pueblo pequeño, con pocos niños y pocas oportunidades de "pandilla", le había dado otra clase de compañía: imaginación, mundo propio, la costumbre de no necesitar a otros para pasarlo bien. Por eso siempre había dejado que las relaciones surgieran, o no, sin intervenir demasiado. En Navandrinal fue igual.

Durante el verano el pueblo estaba lleno. Gente que iba y venía, familias enteras, coches con matrícula francesa aparcados en cualquier rincón. Todo el mundo la saludaba, y tarde o temprano llegaba la misma pregunta: de quién era, como si una perteneciera siempre a alguien antes que a sí misma. Al principio le resultó extraño, casi invasivo, pero después entendió que no era una pregunta literal, sino una manera de colocarla en el mapa humano del lugar. También hubo fiestas, música, ruido. Una noche salió con dos chicas madrileñas y una parisina con las que había hecho algo de miga. Bailó, bebió poco, se rió lo justo. Lo pasó bien, pero no sintió la necesidad de repetir. No porque no le gustara, sino porque no le hacía falta, y porque aún se movía por aquel ambiente como quien entra en casa ajena con cuidado.

En su pueblo natal había dos o tres tradiciones al año, pero en Navandrinal el verano parecía una sucesión ininterrumpida de eventos. Un campeonato de dardos, un concurso de tapas, un baile organizado por las peñas del pueblo, un concurso de disfraces, una cena de patatas guisadas para comer en la plaza, el baile de los niños, el aniversario de uno o dos de los bares, el día que venía la gaita, la ronda de la boda de algunos vecinos, una carrera de autos locos, la fiesta de la espuma, la procesión del santo del pueblo. Todo se encadenaba sin pausa, como un calendario improvisado que se escribía sobre la marcha. A eso se sumaban los fines de semana con los

bares llenos, las terrazas ocupadas hasta tarde y la sensación constante de que siempre había algo que celebrar. A Alina le parecía casi excesivo, como si el pueblo necesitara llenarlo todo antes de que llegara el silencio. Tal vez era eso lo que más se parecía a la España que siempre había escuchado describir desde lejos, esa fama de gente fiestera que ahora, por primera vez, veía de cerca.

Después del quince de agosto, el pueblo empezó a vaciarse con la misma rapidez con la que se había llenado. Las persianas bajaron. Los coches desaparecieron. Septiembre entró como una puerta que se cierra despacio. Quedaron las vecinas de siempre, las mayores, las que vivían cerca de la casa de su tío Vasile. La llamaban "hija". Algunas por cariño, otras porque nunca terminaban de acertar con su nombre. A Alina no le molestaba. Le resultaba incluso entrañable. A veces le recordaban a Concha, Marisa y Vicenta, aquellas vecinas de *Aquí no hay quien viva* que tanto la habían hecho reír. Solo que allí el rellano no era un pasillo estrecho, sino toda la calle, larga y soleada, donde todo se veía y todo se comentaba. Le preguntaban por todo. Y le contaban de todo. Alina aprendió más del pueblo a través de ellas que por experiencia propia. Chismes, historias antiguas, rencillas que ya nadie recordaba cómo habían empezado. Le decían que su tío había estado mejor ese verano. Que se notaba. Que era por ella.

La casa ocupó buena parte de sus días. Desde que Ana había muerto apenas se había tocado nada, no estaba sucia, pero sí detenida, como si Vasile hubiera aprendido a vivir esquivando ciertos rincones. Alina empezó poco a poco, ordenando armarios y arreglando ropa vieja, tanto de su tío como de su tía. Le gustaba coser, siempre le había gustado, y era algo que se le había pegado de Ana, que también lo hacía con paciencia y buen ojo. Un día encontró la vieja máquina Singer de su tía, guardada en un mueble hecho expresamente para ella, arrinconado y cubierto por una tela amarillenta. Limpió todo con cuidado, el mueble de madera maciza que le encantó desde el primer momento y la máquina, con una decoración de aire egipcio que le pareció una maravilla. La puso en marcha y comprobó que seguía funcionando. Desde entonces se convirtió en su distracción diaria, porque coser era una forma de estar, de reparar y de no pensar demasiado.

Entre puntada y puntada salía a dar pequeños paseos por el pueblo. Caminatas cortas, exploratorias, sin rumbo fijo. Vivir allí le sentaba bien. Era un cambio de aires que necesitaba. Echaba de menos a sus padres, claro, pero para eso estaban las videollamadas. Ellos también se fueron acostumbrando. Las llamadas constantes de los primeros días se convirtieron en una cada dos o tres, para contarse la rutina. Nada urgente. Nada dramático. Por primera vez, Alina vivía fuera de la mirada constante de sus padres. No se sentía vigilada. No tenía que explicar cada movimiento. Su tío no la fiscalizaba en nada. Le daba libertad absoluta. Sabía lo responsable que era su sobrina. Siempre lo había sido. Estudiosa, disciplinada, cuidadosa con todo. Tenía un empeño casi automático por hacerlo bien, por sacar las mejores notas, por no fallar. Esa libertad la

notó enseguida. Y el tándem tío-sobrino funcionó de manera natural. Sin tensiones. Sin roles forzados. Cada uno ocupaba su espacio.

Con el paso de las semanas desde que llegó, Alina empezó a ver a su tío con otros ojos. No porque hubiera cambiado, sino porque ahora lo veía en continuidad, sin el paréntesis de las visitas ni la cortesía de las primeras conversaciones. Había momentos en los que parecía el mismo de siempre, animado cuando había gente alrededor, atento cuando hablaban de cosas concretas. Pero en la convivencia aparecían también otras capas. Gestos repetidos sin intención, movimientos aprendidos que ya no parecían conducir a ningún sitio, silencios largos que no pedían respuesta. A veces se quedaba mirando un punto fijo, como si algo se le hubiera quedado a medio camino entre el pensamiento y el recuerdo. Echaba de menos a Ana. No hacía falta que lo dijera para que se notara.

Alina lo entendió también a través de las pequeñas conversaciones del día a día, de frases sueltas que escuchaba sin buscarlo. Alguna vecina se lo decía mientras hablaban apoyadas en una puerta o cruzando la calle a media mañana, sin solemnidad, casi como hablar del tiempo. Que ese verano se le veía algo más despierto. Que desde que ella estaba en casa parecía llevar mejor los días. No lo decían como un elogio ni como una carga, sino como una constatación sencilla. Alina empezó a comprender que su presencia sostenía algo, que no había venido solo a estudiar ni a cambiar de aires, y que ocupar ese lugar tenía un peso que no había previsto.

Había, sin embargo, algo que mantenía a su tío en pie más allá de cualquier compañía. Alina lo vio claro con el tiempo. Lo que de verdad lo levantaba cada mañana, lo que le daba una dirección al día, era el ganado. Las vacas se habían convertido en el centro de su vida sin que nadie lo hubiera decidido explícitamente. Las había heredado de su suegro, casi como se heredan las costumbres, y con los años Vasile se había hecho hombre de campo. Ella lo veía prepararse cada mañana con una precisión tranquila, ponerse la ropa de siempre, revisar mentalmente lo que tocaba hacer. Cuando hablaba con ganas, cuando su voz se animaba de verdad, era casi siempre para hablar de ellas, de cómo estaba cada una o de lo que había pasado el día anterior.

Vasile era mañoso hasta el extremo. Se atrevía con todo. No había arreglo pequeño ni chapuza grande que no intentara resolver por su cuenta, con una mezcla de intuición, paciencia y una confianza absoluta en sus manos. Las tenía siempre marcadas: cortes antiguos, heridas recientes, grietas que nunca terminaban de cerrar. Señales de una vida hecha a base de tocar, ajustar, forzar lo justo. Él siempre restaba gravedad. Se reía. Decía que eso era parte del oficio. Por eso la gente del pueblo le llamaba para todo. No tenía estudios, pero tampoco le hacía falta. No era que buscara el riesgo. Simplemente no lo veía. El peligro, para Vasile, era algo abstracto, reservado a otros. Actuaba como si el cuerpo supiera siempre cuándo parar, como si la experiencia fuera una garantía suficiente. No era valiente en sí, sino algo temerario sin saberlo. Y aun así, seguía adelante cada día, entero, convencido de que mientras hubiera vacas esperando, nada verdaderamente malo podía pasarle.

Y estaba también Lolo. El perro viejo. Grande, pesado, sin raza ni prisa. Lolo parecía formar parte del paisaje, como si siempre hubiera estado allí antes incluso de que la casa lo necesitara. No era un perro activo ni inquieto, más bien lo contrario: observador, reactivo solo cuando hacía falta, respetuoso con los espacios y con las personas. Se movía despacio, sin invadir, y sabía retirarse a tiempo. Seguía a Vasile a todas partes sin alboroto, con una lealtad cansada y profunda, hecha de años compartidos sin necesidad de órdenes. Alina notó pronto que entre ellos había un entendimiento silencioso, tejido de rutinas, miradas y gestos mínimos. A ella, Lolo le provocó una sensación inesperada. A pesar de que los perros siempre le habían dado cierto respeto, aquel animal tranquilo le recordó, sin buscarlo, a Țuțu —en español sonaría “Chuchu”—, el perro que habían tenido durante su infancia en la parcela donde vivían en Rumanía. Țuțu también era grande, fiero cuando hacía falta, pero calmado en casa, protector con toda la familia. La acompañaba muchas veces al colegio o cuando tenía que ir a la tienda del pueblo, y aprovechaba el camino para ladrar a los perros de la zona, marcando territorio con una seguridad que a Alina le parecía entonces invencible. Pensar en él le devolvió una calma antigua, una confianza que creía olvidada. Por eso, aunque seguía manteniendo cierta distancia, la presencia de Lolo no la inquietaba. Al contrario: había algo en él que la hacía sentirse a salvo.

Al principio, Alina se mantuvo al margen. Observaba. Veía a su tío prepararse cada mañana, salir hacia la nave con la naturalidad de quien no se pregunta por qué hace lo que hace. Durante un tiempo se limitó a acompañarlo hasta allí, a la nave, cada vez con más frecuencia, como si ese gesto sencillo ya formara parte de su rutina compartida. Más adelante empezó a ir con él a alguna salida corta por el campo, siempre sin anunciarlo, casi como si se tratara de algo casual. Caminaba unos pasos por detrás, con cuidado, manteniendo cierta distancia. No era rechazo ni desinterés, sino otra cosa más difícil de nombrar, una tensión leve que se le instalaba en el cuerpo y la obligaba a estar alerta sin saber muy bien por qué.

Vasile tenía alrededor de una treintena de vacas, no demasiadas, las justas para que una sola persona pudiera hacerse cargo de ellas sin perder el control del día. Alina fue entendiendo poco a poco que no se trataba solo de trabajo ni de números. A su tío le gustaba hablar de ellas, pero casi siempre terminaba hablando de Ana. De cómo ella conocía cada camino, cada linde, cada rincón de la sierra. De cómo había crecido allí, entre ganado, y llevaba el oficio en la sangre. Fue Ana quien le enseñó a leer el campo, a entender a los animales, a saber cuándo algo no iba bien sin necesidad de explicaciones.

En esas conversaciones, que surgían sin solemnidad mientras caminaban o revisaban la nave, Alina empezó a comprender qué era lo que realmente sostenía a su tío. Ana estaba presente en todo aquello. En los gestos que repetía, en las decisiones que tomaba casi sin pensarlas, en los recorridos que seguía por los montes que había transitado mil veces junto a ella. Parecía algo automático, inconsciente incluso, pero era evidente para quien mirara con atención. El ganado no

era solo una forma de vida; era la manera que había encontrado Vasile de seguir caminando al lado de su esposa.

Alina veía entonces a su tío como nunca antes. Hombre del este, rudo, fuerte, poco dado a hablar de sentimientos, pero con una pasión clara en los ojos cuando se trataba del campo, de los caminos, de los animales, de los arreglos en la nave que siempre encontraba pendientes. Allí, entre vacas y monte, Vasile no estaba solo. Sin saberlo del todo, veía a Ana todos los días. Y eso era lo que lo mantenía en pie.

A pesar de haber crecido en un entorno agrícola y de haber convivido desde pequeña con animales de todo tipo, Alina siempre había sentido hacia ellos algo más que respeto. Había una atención constante, una vigilancia interior que no sabía explicar del todo. Perros, vacas, cabras, gallinas. Los conocía, sabía tratarlos, sabía leerlos. Y aun así, algo se le tensaba por dentro. Como si hubiera aprendido demasiado pronto que no todo lo vivo es predecible.

Tenía diez años cuando ocurrió. En su región no era habitual ver osos. No al menos cerca de los pueblos. Vivían en las montañas del oeste, más alejadas de su pueblo, pero de vez en cuando alguno se descolgaba siguiendo los bosques, buscando comida, cruzando zonas que no le correspondían. La gente lo sabía y lo comentaba, pero nadie lo esperaba de verdad. No hasta que pasaba. Era principios de otoño. Una de esas épocas en las que el bosque todavía no es frío, pero ya huele distinto. Su padre solía ir a por madera en esos días, como habían hecho siempre en la familia. Era algo casi ritual: caminar temprano, escoger los troncos adecuados, aprovechar antes de que el tiempo cambiara. Aquella mañana no fue distinta. Hasta que lo fue.

Alina no olvidaría nunca la forma en que un vecino llegó corriendo a su casa. La manera en que llamó insistentemente a la puerta. La cara de su madre al escuchar la noticia. Su padre estaba en el hospital. Había tenido un percance con una osa. Más tarde supieron los detalles. No fue una imprudencia ni una provocación. Fue el azar. Una senda estrecha, cerrada por la vegetación. Su padre se encontró de frente con una osa y sus dos oseznos. No hubo tiempo para reaccionar. La osa lo tomó como una amenaza.

El ataque fue rápido y brutal. Su padre sobrevivió, pero durante semanas nadie estuvo seguro de que lo hiciera. Pasó mucho tiempo en el hospital. Un brazo y un hombro destrozados. Una rodilla dañada que nunca volvió a funcionar igual. Las garras habían dejado su marca y el peso del animal había hecho el resto. Le quedó una cicatriz enorme en el pecho, irregular, imposible de disimular. Años después, a veces la enseñaba bromeando, como si pudiera domesticar lo ocurrido con humor. Pero también le quedó un temblor persistente en las manos, un resto silencioso de aquel encuentro.

Nunca volvió a ser el mismo. La gente del pueblo no se lo creía. Decían que había vuelto de entre los muertos. Le pusieron un mote que mezclaba respeto y asombro, algo así en rumano como *e/*

que volvió del oso. Durante un tiempo fue casi una leyenda local. Para la familia, fue otra cosa. Dieron gracias por tenerlo vivo. Eso era lo único que importaba.

Para Alina, fue un quiebre. Los días posteriores quedaron grabados con una nitidez incómoda. El llanto de su madre por las noches. El silencio de la casa. La espera. La forma en que el cuerpo de su padre ocupaba el espacio cuando volvió, más torpe, más lento. La cojera que no se fue. Cada paso que delataba que algo se había roto para siempre. Desde entonces, algo cambió en ella. Los animales dejaron de ser solo presencia familiar. Se convirtieron en seres cuyo comportamiento no podía prever del todo. Ya no bastaba con conocerlos o haber crecido entre ellos. Había aprendido que la calma podía romperse en un segundo. Que lo que parecía estable podía volverse peligro sin aviso. Incluso con Țuțu, el perro de su infancia, al que había querido tanto, algo se desplazó. Él seguía siendo protector, fiel, el mismo de siempre. Pero Alina empezó a marcar distancias. A observar más. A no confiar del todo. Cuando Țuțu murió, años después, sintió que se cerraba una etapa que ya no había vuelto a abrirse. Con las vacas fue aún más evidente. Antes del accidente de su padre, se movía entre ellas sin pensarlo. Eran parte del paisaje. Después, algo se interponía. Como si su miedo tuviera olor. Como si los animales lo percibieran. Las vacas, que antes parecían ignorarla, empezaron a tensarse cuando ella se acercaba. O quizá era al revés. Quizá era su propio cuerpo el que se tensaba primero.

Nunca habló mucho de aquello. No hizo de ese miedo una historia que contar. Simplemente se quedó ahí, agazapado, creciendo con ella. Se instaló en el cuerpo y aprendió a esperar. Ahora, tantos años después, rodeada de monte y ganado, Alina empezaba a entender que ese miedo no se había ido nunca. Solo había cambiado de forma. Aquello la había marcado, eso era indudable, pero allí, en Navandrinal, no ocupaba el centro de sus días. Era más bien un límite silencioso, un margen con el que convivía sin detenerse demasiado en él. Las vacas de su tío estaban presentes, siempre a cierta distancia, como parte del paisaje cotidiano. No sentía la urgencia de acercarse más de lo necesario. Con Lolo, en cambio, la relación era distinta. Su presencia tranquila le daba seguridad y, junto a su tío, Alina se sentía protegida de una manera que no necesitaba explicaciones. No era ausencia de miedo, sino una forma de respeto bien medido, contenido, que todavía no interfería en la vida diaria.

Alina empezó a ayudar a Vasile en pequeñas cosas. Nada que la pusiera en tensión directa. Tareas sencillas, repetidas, que se aprendían mirando. Ordenar la nave, preparar herramientas, acompañarlo en los trayectos más cortos. Le gustaba sentirse útil, saber que podía aliviarle parte del trabajo antes de que comenzara el máster y el tiempo se le llenara de otras obligaciones. Entre ellos no hacía falta decirlo. El acuerdo era tácito.

Con el paso de los días, los paseos fueron incrementándose y ocupando un lugar cada vez más importante en su rutina. Al principio se limitaba a recorrer el pueblo, a dar vueltas cortas sin rumbo fijo, explorando sin sentido. Poco a poco empezó a alargar los trayectos y a darle forma al mapa del pueblo que se iba creando en su mente. Salía por los caminos que rodeaban las casas, se

internaba un poco más en la sierra, siempre con la sensación de estar descubriendo algo que no necesitaba ser nombrado.

Caminar le sentaba bien. Siempre había sido así. Era una forma de hacer dos cosas a la vez: mover el cuerpo y ordenar la cabeza. No necesitaba música. Nunca le había gustado caminar con auriculares. Prefería escuchar los pájaros, el viento entre los árboles, el sonido de sus propios pasos sobre la tierra. A veces aprovechaba para llamar a sus padres o a su tía de Constanza, con la que mantenía una relación cercana. Hablaban de cosas pequeñas, de la vida diaria, de lo que había cambiado y de lo que seguía igual. Otras veces escuchaba vídeos que había guardado para esos paseos, contenidos tranquilos sobre ciencia, curiosidades y misterios explicados sin estridencias. Le gustaba aprender mientras caminaba, dejar que las ideas se mezclaran con el paisaje, sin imágenes ni sobresaltos, solo voces que despertaban la curiosidad sin invadirla.

Con su tío empezó también a caminar más. Al principio eran paseos breves, casi funcionales, ligados al ganado o a la nave. Después se convirtieron en recorridos más largos, sin un objetivo concreto. Vasile conocía cada sendero, cada desvío, cada curva del terreno. Caminar junto a él le daba una seguridad distinta. Se atrevía a llegar más lejos, a internarse en zonas que sola todavía no exploraba. No hablaban mucho durante esos paseos. No hacía falta. El campo se encargaba del resto.

Alina sentía que, paso a paso, el paisaje se le iba metiendo dentro. Que aquellas montañas empezaban a formar parte de ella de una manera tranquila, sin exigencias. No pensaba en el futuro ni en el pasado. Caminaba. Respiraba. Estaba.

Fue en uno de esos paseos cuando ocurrió. Alina había salido sola, como tantas otras veces. El camino de aquel día se estrechaba a medida que avanzaba, y la sierra parecía cerrarse alrededor con una calma que ya no le resultaba extraña. Caminaba despacio, atenta al terreno, disfrutando del silencio roto solo por el viento y algún pájaro lejano. No pensaba en nada en particular.

Todo ocurrió de repente. Dos perros grandes, demasiado grandes para los estándares de Alina, aparecieron sin aviso, en mitad del camino. Se detuvo en seco. El cuerpo reaccionó antes que la cabeza. El pulso se le disparó y el corazón golpeaba con fuerza. Notó cómo se le tensaban los hombros. Uno de ellos, el más grande, la miraba fija, inmóvil, y empezó a ladrar. Un ladrido grave, profundo, imponente. El otro, algo más pequeño —aunque más grande que todos los perros que había conocido en su vida— y con apariencia más joven, se mantenía un poco detrás, observándola con cautela.

Alina sintió el pánico subirle desde el estómago. No había visto nunca perros así. Le parecieron bestias enormes, alargadas, con mandíbulas desproporcionadas. No sabía qué eran. No sabía cómo comportarse. No sabía si debía avanzar, retroceder o quedarse quieta. Un pensamiento fugaz cruzó su cabeza, la imagen de su padre apareció sin aviso, y un escalofrío le recorrió la

espalda. Permaneció unos segundos paralizada. Apenas era consciente de lo que pensaba ni de dónde estaba, solo de una cosa: estaba sola.

El perro más joven dio unos pasos hacia ella. No ladraba. Llevaba el rabo entre las piernas y el hocico adelantado, como si quisiera olerla. Alina tragó saliva. El miedo le nublabla el pensamiento, pero una parte de ella recordó algo elemental que siempre le habían repetido en casa: no correr, no gritar, no hacer movimientos bruscos. Entonces reaccionó. Como si todos aquellos meses junto a Lolo la hubieran preparado sin saberlo, recordó que llevaba algo que podía servirle. Metió la mano en la mochila, revolvió a tientas sin mirar y sacó el sándwich que siempre se hacía antes de salir, por costumbre más que por hambre. Lo partió como pudo con torpeza y lo dejó en el suelo, despacio, sin acercarse. El perro joven se aproximó con cautela, olió y empezó a comer. El mayor dejó de ladrar. Se quedó observando, rígido, con una quietud tensa que no invitaba a la confianza.

Pareció que aquello calmó algo la situación. Alina aprovechó el momento exacto en el que el perro más joven se concentró en el sándwich para retroceder, muy despacio, sin dar la espalda, midiendo cada paso. Caminó así durante un rato que se le hizo eterno, hasta que, al girar una curva del sendero, dejó de verlas. No se detuvo entonces. Siguió caminando, primero con rigidez, luego con una prisa contenida, hasta que el camino se abrió y el pueblo apareció a lo lejos.

El cuerpo le temblaba entero. Notaba las piernas flojas y las manos frías. Durante unos minutos le costó incluso respirar con normalidad. Poco a poco, sin embargo, el pulso fue bajando. El miedo se fue replegando, dejando tras de sí un cansancio extraño, como si hubiera pasado algo importante sin saber muy bien cómo.

Ese día había intentado un camino nuevo, pero decidió no continuar. Volvió directa a casa. Encontró a su tío en la cocina. Vasile se sorprendió al verla tan pronto.

—¿Ya de vuelta? —preguntó, mirándola con atención—. ¿Qué ha pasado?

Alina se sentó sin quitarse la mochila y se lo contó todo de golpe, atropelladamente al principio, luego con más calma. Los dos perros. El ladrido. El miedo. El sándwich.

Vasile escuchó en silencio. Cuando terminó, asintió despacio.

—No te preocupes —dijo—. Seguro que eran las perras de Benito.

—¿Perras? —repitió Alina, aún intentando ordenar lo ocurrido—. Bastante tenía con saber si me iban a atacar o no.

Su tío sonrió apenas. Le explicó que Benito se había jubilado hacía un par de meses. Que llevaba tiempo mal de salud. Que había vendido las ovejas porque ya no podía con ellas y que, aunque no quería dejar el campo, sus hermanas le habían insistido hasta que el cuerpo le dio un ultimátum. Hombre de monte, de los que no saben vivir de otra manera, había aguantado más de lo que debía.

—Son mastines —añadió—. Perros de guarda. De los de toda la vida en esta zona.

Alina lo miró con atención. Vasile empezó a hablarle de ellos con una naturalidad que la sorprendió, como si los mastines fueran tan evidentes como las encinas o los caminos. En mitad de una frase mencionó a Ana, casi sin querer, y a Alina le bastó para entender de dónde venía esa seguridad. Había sido ella quien se lo enseñó al llegar al pueblo. La familia de Ana siempre había tenido mastines con el ganado, y ella le explicó, con esa paciencia suya que parecía no acabarse, qué eran y por qué estaban allí. Que no eran perros “para tener”, sino perros para guardar. Que no buscaban pelea, pero tampoco cedían un palmo cuando tocaba proteger. Vasile lo contaba sin dramatismo, como quien repite una lección que aprendió a base de caminar juntos. Le habló de su carácter, de su función, de su historia. Perros de trabajo. Tranquilos si no hay amenaza. Leales al territorio. Una raza criada durante siglos para defender el ganado.

Era la primera vez que alguien se detenía a explicarle con detalle las particularidades de una raza concreta. Hasta entonces, para ella, los perros habían sido simplemente perros. Sabía que existían razas, pero nunca les había dado demasiada importancia. Ahora, de repente, parecía que sí la tenían.

Mientras su tío hablaba, Alina sacó el móvil. Buscó en Wikipedia. Probó la traducción al inglés. Consultó a ChatGPT. Empezó a ver imágenes. Vídeos. Diferentes tipos de mastines. En menos de una hora, entre la conversación y las búsquedas, sentía que había aprendido más de lo que habría imaginado nunca sobre aquellos animales.

Y entonces algo no le cuadró.

Las caras se parecían. Las mandíbulas. La expresión. Pero los cuerpos no.

—Estaban muy delgadas —dijo, casi para sí—. Demasiado.

Vasile frunció el ceño. Se levantó.

—Ven. Vamos a verlas.

Alina negó en redondo al principio. El recuerdo del encuentro todavía le recorría el cuerpo. Pero su curiosidad ya estaba despierta, y la calma con la que hablaba su tío terminó por arrastrarla. Subieron al coche. Vasile cogía su Dacia Logan para todo, incluso para trayectos que podían hacerse andando.

No estaba lejos. Las perras ladraron desde la distancia cuando se acercaron. Alina sintió de nuevo el escalofrío, pero esta vez era distinto. Estaba con su tío. Cuando se asomaron al camino, la perra grande dejó de ladrar de repente. La joven fue directa hacia Vasile, moviendo la cola.

Entonces Alina pudo mirarlas de verdad. La madre era blanca, con pequeñas manchas marrones repartidas por el cuerpo, como si el polvo del camino se le hubiera quedado pegado para siempre. Tenía la cabeza grande, pesada, y unos ojos atentos que no perdían detalle. La hija, en cambio,

era negra, con el hocico salpicado de blanco y algunas manchas claras en las patas, como si aún no hubiera terminado de decidir su color. Seguía siendo enorme, pero había en ella algo más torpe, más joven. Alina entendió entonces que lo que había visto la primera vez no eran solo perros grandes. Eran cuerpos mal alimentados, demasiado ligeros para lo que deberían ser.

—Me conocen —dijo él—. Vine con Benito un par de veces a arreglarle el tejado del pajar.

Alina no salía de su asombro. Su tío le explicó que cuando los mastines te conocen, te respetan, pero que su territorio lo guardan con celo. No había que molestarlos. En ese momento a Alina le entró la curiosidad.

—¿Cómo se llaman?

—No tienen nombre —añadió Vasile—. Benito no era de esos.

Le señaló a la mayor.

—Esa es la madre. La otra, la hija.

Vasile también se fijó en su estado. Estaban en los huesos. Demasiado.

—Mira —le dijo a Alina—. Ven. Toca a la pequeña. Es la más mansa.

Alina se negó. Pero el ambiente no era el mismo que el del primer encuentro. Había calma. Accedió. Su tío le explicó cómo hacerlo. Ofrecer la mano. No tocar de golpe. Dejar que el perro decida. Alina siguió cada indicación al pie de la letra. La perra se acercó, la olió, y aceptó el contacto. Alina se sentó en el suelo sin darse cuenta. Le impresionaban las enormes garras, el tamaño. Pero entendió algo fundamental: no le quería hacer daño.

Recordó a ȚuȚu.

Mientras, la perra grande se mantenía cerca, vigilante, sin intervenir. Alina les habló con voz suave, como le había dicho su tío. Permanecieron así unos segundos que le parecieron irreales. Dos mandíbulas enormes. Ella sentada. En calma.

Alina era consciente del riesgo, pero no se detuvo a pensarlo demasiado. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido y, al mismo tiempo, de una forma extrañamente tranquila. Seguía sentada en el suelo, con una de aquellas bestias enormes a su lado, tocándola, y no había peligro. O al menos no lo sentía. Vasile volvió al coche y regresó con dos cuencos grandes llenos de pan seco y leche. El efecto fue inmediato. Las perras se levantaron de golpe, tensas, y se lanzaron a comer con una ansiedad que a Alina le encogió algo por dentro. Entendió entonces hasta qué punto tenían hambre.

—Mejor dejarlas solas ahora —dijo su tío—. Cuando comen no atienden a nada.

Volvieron al coche sin prisas, dejando a las perras comer tranquilas, resguardadas del camino. Alina caminaba despacio, como si el cuerpo aún estuviera procesando lo ocurrido. Sentía una

mezcla extraña de cansancio, alivio y algo parecido a incredulidad. No se terminaba de creer que hubiera estado allí sentada, tan cerca de aquellas bocas enormes, sin que pasara nada.

De camino a la nave, apenas hablaron. Vasile parecía tranquilo, como si aquello formara parte del orden natural de las cosas. Para Alina, en cambio, había sido demasiado para un solo día.

Esa tarde siguió leyendo sobre los mastines. Buscó más información, comparó fotos, volvió a fijarse en los cuerpos de las perras que había visto. En las imágenes de internet, los mastines eran robustos, poderosos, casi desbordados de fuerza. Las del camino, en cambio, estaban huesudas, angulosas, demasiado ligeras para su tamaño. Aquello le removió algo por dentro.

Durante la cena volvió a sacar el tema. Vasile asintió con gesto serio. Le dijo que, por desgracia, no todo el mundo cuidaba a los animales como debía. Que había quien los veía como herramientas y poco más. Que la familia de Benito no parecía estar pendiente de las perras desde que él se había retirado.

—Se les habrá olvidado —dijo—. Pasa más de lo que parece.

A Alina le costó entenderlo. En su casa, en Rumanía, los animales siempre habían tenido nombre. Todos. Era algo que su padre le había enseñado desde pequeña. Nombrarlos era reconocerlos. Esa noche tardó en dormirse. Pensaba en ellas. En su tamaño. En el ladrido grave de la madre. En la forma en que la hija había aceptado el contacto. En el hambre. En la calma inesperada. Y sin darse cuenta, empezó a ponerles nombre. A la hija la llamó Nyx. A la madre, Gaia.

Cuando por fin cerró los ojos, supo que algo había cambiado, aunque todavía no sabía qué.

Las hojas del otoño

El verano no terminó de golpe. Se fue retirando con una discreción casi elegante, como si no quisiera molestar. Primero cambió la luz: las tardes seguían siendo largas, pero el sol caía más bajo y dejaba sombras nuevas en lugares que antes no existían. Después fue el aire. Aún hacía calor, pero ya no envolvía, empujaba. El campo lo entendió antes que nadie. Las hojas empezaron a caer sin ruido, acumulándose en los bordes de los caminos, en las cunetas, en los rincones donde el viento decidía detenerlas. Los verdes se apagaron poco a poco y dieron paso a una mezcla de ocres, amarillos y marrones que parecían pintados a mano. Cada paseo ofrecía un paisaje distinto, aunque fuera el mismo de siempre.

Las mañanas trajeron una frescura nueva. Alina empezó a salir con chaqueta y a respirar un aire más limpio, más consciente. Y entonces apareció la niebla. No como algo puntual, sino como una presencia recurrente, densa, que subía desde el valle y lo ocupaba todo con una determinación que la desconcertaba. En su pueblo de la región moldava, en Rumanía, la niebla era rara y breve, casi decorativa. En Navandrinal, en cambio, parecía tener voluntad propia. Entraba sin pedir permiso, borraba los contornos, apagaba los sonidos y comprimía el mundo en unos pocos metros visibles. El pueblo quedaba suspendido, como si flotara fuera del tiempo, y ella caminaba dentro de esa masa blanca con una mezcla de asombro y respeto. Había algo profundamente sereno en ese tránsito. No era melancolía ni despedida, sino una sensación de ajuste, de encaje. El mundo se recolocaba despacio, a una velocidad que el cuerpo podía seguir sin esfuerzo, y Alina sentía que ella también lo hacía.

Con octubre llegó el inicio del máster. Alina se lo tomó como se tomaba casi todo: con una mezcla de disciplina, cuidado y una exigencia silenciosa consigo misma. No hacía lo justo. Siempre hacía un poco más. Leía más de lo recomendado, entregaba los trabajos antes de tiempo, revisaba dos veces lo que otros revisaban una. Venía de una familia humilde y sabía lo que costaban las oportunidades. No quería fallar. No a su tío. No a sus padres. No a ella misma. Estudiar le daba estructura, pero también una forma de agradecer estar allí.

De hecho, aquella forma de exigirse no había empezado allí. Alina ya había sido una niña aplicada en la escuela de su pueblo, responsable, constante, de las que no necesitaban que nadie les recordara los deberes. Pero todo se llevó al extremo cuando pasó al instituto y tuvo que irse a vivir a una residencia en Botoșani, lo que equivaldría a la capital de provincia española, que la tenía a 30 kilómetros de su pueblo. Tenía claro que cada LEU (la moneda rumana) que sus padres gastaban en su educación les costaba sudor, lágrimas y renunciadas, y esa conciencia se le instaló como una obligación silenciosa. En la residencia, esa obligación se volvió rutina física. Había noches en las que, cuando las demás apagaban la luz, Alina seguía repasando con una linterna pequeña metida bajo la manta para no molestar. Tenía la mochila siempre ordenada con una precisión casi supersticiosa: bolígrafos alineados, cuadernos sin una esquina doblada, los apuntes reescritos en limpio aunque ya estuvieran bien. A veces, antes de dormir, contaba el dinero que su

madre le había dejado para la semana como quien cuenta un préstamo sagrado y lo guardaba en el mismo bolsillo interior, el que cerraba con cremallera. No era paranoia. Era respeto. No podía permitirse fallar. En Rumanía, además, la escuela no era un espacio amable: era pura competición. Comparación constante. Rankings implícitos. Nada que ver con lo que su tía Ana le había contado de su experiencia en España. Alina sacaba las mejores notas, casi siempre disputadas con otra chica que se convirtió, sin necesidad de palabras, en su antagonista. Cada 9,8 hacia abajo era una derrota. Una nota que para otros habría sido motivo de celebración, para ella era un recordatorio de que no había dado todo. Ese nivel de exigencia no nacía del orgullo vacío, sino del sacrificio asumido. Ganó varias becas, obtuvo premios académicos, alivió como pudo la carga de sus padres. Y sin darse cuenta, fue aprendiendo que hacerlo bien no era una opción, sino la forma más honesta que conocía de estar en el mundo.

Después del instituto trasladó esa misma exigencia al mundo laboral. Al principio parecía lógico: si había funcionado antes, funcionaría también allí. Empezó a trabajar como profesora de inglés con la misma entrega con la que había estudiado. Pronto fue considerada de las mejores profesoras de inglés de toda la región. Se corría la voz. La llamaban cuando alguien quería resultados. Y ella respondía como sabía: dando más de lo que se esperaba.

Pero con los años empezó a ver algo que no encajaba. Por mucho que se esforzara, por muy buena profesional que fuera, aquello no cambiaba nada en casa. Trabajo en negro. Contratos esporádicos, cuando los había. Sueldos bajos. Condiciones que se aceptaban porque no había alternativa. Alina trabajaba mucho más de lo que cobraba. Por cada hora de clase, dedicaba otra más fuera del aula. Preparaba materiales personalizados, adaptaba los contenidos a cada alumno, buscaba ejemplos distintos según quién tuviera delante. Daba igual que fueran tres o quince. Hacía seguimientos, pequeños informes para los padres, ajustaba métodos, corregía una y otra vez. Lo daba todo.

Y durante un tiempo creyó que ese exceso de cuidado acabaría teniendo algún tipo de recompensa. No económica, al menos digna. Pero no llegó. Lo que sí llegó fue el cansancio. La sensación de que su oficio, tal y como estaba planteado allí, no era una vía real de mejora. Que su esfuerzo no se traducía en estabilidad ni en futuro. Que podía ser la mejor profesora de toda la región y seguir atrapada en el mismo lugar. No fue una renuncia amarga. Fue una constatación. Y cuando apareció la posibilidad de venir a España, de estudiar un máster, de abrir una puerta que hasta entonces solo había imaginado, Alina entendió que no estaba huyendo de nada. Estaba buscando, por primera vez, un camino que pudiera devolverle algo parecido a dignidad.

El otoño le estaba sentando bien. No porque ocurriera nada especial, sino precisamente por lo contrario. Los días se parecían entre sí sin volverse pesados. Había una continuidad tranquila que Alina agradecía. El pueblo ya no era un lugar al que mirar con atención constante, sino un espacio que empezaba a moverse solo, sin exigirle esfuerzo.

Conocía a las vecinas por su nombre, y por las historias que venían inevitablemente pegadas a cada una. Sabía quién llevaba años sin hablarse con su hermana, quién había sido novia de quién cuando aún se bailaba en la plaza y quién vigilaba desde la ventana aunque fingiera no hacerlo. Ya no preguntaban tanto quién era. Lo sabían. Era la sobrina de Vasile.

A veces la llamaban “la rumana” con una naturalidad que no le molestaba. Otras daban por hecho que era francesa, quizá por el acento o por la manera de hablar. Cuando decía que era de Rumanía, a veces se producía un silencio breve, raro, que a ella le resultaba casi cómico. No había mala intención, solo desconocimiento. La mayoría, directamente, la llamaba Elena. No porque se pareciera, sino porque resultaba más fácil. Alina lo aceptaba sin corregir demasiado. Era, de algún modo, otra forma de quedarse.

Sin darse cuenta, su español empezó a cambiar. Se le pegaron palabras del pueblo, giros que escuchaba a su tío y a las mujeres mayores en la calle. En realidad, no partía de cero. Durante años, en Rumanía, había pasado demasiadas horas muertas viendo series españolas, repitiéndolas casi de memoria. De ahí le venía una base inesperadamente sólida de expresiones que llevaba ya incorporadas, como si formaran parte de ella desde siempre: *radio-patio*, *mayormente*, *un poquito de por favor*. Frases que ahora, en el pueblo, dejaban de sonar prestadas y empezaban a encajar por fin en un lugar concreto. Algunas expresiones no las entendía del todo y las apuntaba mentalmente para buscarlas después. Cada palabra nueva era un pequeño reto que aceptaba con gusto. Le hacía gracia notar cómo el idioma se le acomodaba al lugar, como si también él aprendiera a vivir allí.

No sentía que hubiera dejado atrás nada importante. Tampoco que estuviera construyendo algo grandioso. Simplemente estaba. Y eso, para ella, ya era bastante.

Empezó a usar el coche de su tío casi sin darse cuenta. Al principio fue por necesidad, luego por costumbre. El viejo Dacia Logan se convirtió en una extensión discreta de su rutina. Lo llevaba para hacer la compra a los pueblos de alrededor, para subir algún día suelto a Ávila, para ir a por material o simplemente para salir a dar una vuelta sin motivo concreto. Le hacía gracia conducirlo. En su pueblo, en Rumanía, aquel coche había sido siempre el coche de los ricos. De los que se habían ido fuera y volvían en verano con matrícula extranjera y aire triunfal. Allí, en cambio, parecía justo lo contrario: el coche de quien no necesitaba demostrar nada. Pensó que quizá por eso su tío lo había comprado en cuanto pudo. Porque, en el fondo, seguía siendo el mismo de siempre. Con el coche llegó también una sensación nueva de autonomía. No era libertad desbordada ni huida, sino algo más sencillo: poder decidir. Ir y volver. Alargar un trayecto. Tomar un desvío solo por curiosidad. Conducía despacio, con las ventanillas a veces bajadas, dejando que entrara el olor a tierra húmeda, a hojas secas, a ganado. Cada desplazamiento era también una forma de mirar el territorio con otros ojos, de hacerlo propio sin apropiárselo del todo.

Las perras se habían convertido ya en parte esencial de sus días. Desde aquel primer encuentro no dejó de ir a verlas. Cada mañana o cada tarde, según el tiempo y las obligaciones, les llevaba comida. No había ritual ni solemnidad en ello, solo constancia. Se acostumbraron a ella con una rapidez que la sorprendió, como si hubiera algo que reconocían sin necesidad de pruebas. Nyx, la joven, empezó a acompañarla en muchos de sus paseos. Caminaba a su lado o unos metros por delante, atenta, presente, con esa vigilancia tranquila que no pesa. A veces Alina se sorprendía imaginando a Țuțu caminando también con ellas, superpuesto al paisaje, como si el tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo. Recordaba aquellos trayectos de la infancia, cuando iba a la tienda del pueblo o al colegio y él siempre estaba ahí, sin que nadie se lo pidiera. En su momento no lo entendía. Le parecía algo automático, casi invisible. Ahora sí. Ahora comprendía el valor de esa compañía silenciosa. Țuțu hacía tiempo que se había ido, pero a miles de kilómetros de donde había vivido, volvía a resurgir dentro de ella, nítido. No como un recuerdo triste, sino como una presencia que seguía cuidándola. Alguna vez, mientras caminaba con Nyx, se le humedecían los ojos. No por la pérdida, sino por no haber sabido ver entonces lo que ahora era tan evidente. Aquella protección constante. Aquel estar siempre.

Gaia, en cambio, ocupaba otro lugar. Permanecía casi siempre en el antiguo pajar, firme, imponente, como si formara parte de la estructura misma del sitio. No buscaba contacto ni lo rechazaba. Observaba. Medía. Su sola presencia imponía respeto. A Alina le llamaba la atención cómo la gente del pueblo le tenía miedo. Incluso hombres acostumbrados al campo, corpulentos, seguros de sí mismos, evitaban acercarse demasiado. Ella, sin embargo, no sentía ese temor. No porque Gaia fuera menos intimidante, sino porque ahora entendía el miedo de otra manera. Empezó a reconocer en el temor ajeno algo parecido al suyo propio en el pasado. Un miedo sin contexto. Sin información. Gaia daba miedo, sí, incluso a los más experimentados, y aun así Alina, una chica de tamaño medio, se sentía tranquila a su lado. Aquello la sorprendía y, al mismo tiempo, le parecía profundamente revelador. Gaia no necesitaba demostrar nada. Cada vez que Alina iba a verlas, la perra se sentaba un poco más cerca. No más. No menos. Era suficiente. Era su forma de decir que la aceptaba. Y Alina aprendió que no todas las confianzas se expresan con gestos evidentes. Algunas se sostienen en la distancia justa.

Un par de días después entendió algo que hasta entonces no se había planteado. Los mastines no estaban allí solo para proteger el ganado de las personas. Estaban para protegerlo de los lobos. Cuando fue consciente de ello, algo se recolocó dentro de ella. El campo dejó de ser solo paisaje y empezó a adquirir capas. Presencias. Amenazas que no siempre se veían, pero estaban. Durante unos días dejó de alejarse tanto del pueblo. Empezó a llevar una vara cuando salía a caminar. No era una cualquiera. El suegro de Vasile había sido un hombre de campo de los de antes, de tradiciones firmes y humor seco. Hacía sus propias varas y enseñó a Vasile a arreglarlas y cuidarlas como si fueran una prolongación del cuerpo. Cuando Vasile llegó al pueblo, le regaló la primera. Le puso nombre, casi en broma: Garrotina. Le dijo que la usara mientras él siguiera al frente del ganado. Que cuando llegara el momento de retirarse y Vasile cogiera aquello como

propio, entonces llevaría la suya. Esa sería Garrotón. Y así había sido. Vasile conservaba varias varas, algunas más nuevas, otras gastadas por los años. Aquella mañana fue a buscarlas sin decir gran cosa. Las sacó, las apoyó contra la pared y pasó la mano por ellas despacio, como si las estuviera reconociendo una a una. Se detuvo en una más pequeña, bien pulida por el uso, sencilla, sin adornos innecesarios.

—Coge esta —le dijo—. Es Garrotina.

Se la tendió con naturalidad, como si no tuviera mayor importancia. Pero Alina notó el cuidado del gesto. Supo que aquella vara había sido la primera, la que había acompañado a Vasile cuando aún estaba aprendiendo, cuando el campo no era del todo suyo. La aceptó sin hacer preguntas. Mientras tanto, apoyada un poco más allá, vio otra más llamativa. Una vara más robusta, con el brazo trabajado y un lazo morado atado cerca del extremo. Por la actitud de su tío, por cómo la acarició, supo que era la vara de la tía Ana. La dejó donde estaba. Alina se dio cuenta al instante y no dijo nada. No hacía falta. Algunas cosas se respetan precisamente así, sin nombrarlas.

Alina no pensaba usar la vara. Al cabo de unos días, la amenaza de los lobos que se le había instalado en la cabeza empezó a disiparse. No porque hubiera dejado de existir, sino porque dejó de ocuparlo todo. Tener la vara en la mano le daba seguridad. Y cuando Nyx comenzó a acompañarla siempre, el palo y la perra formaron una especie de escudo invisible. Alina se sentía extrañamente poderosa.

Fue también en ese tiempo cuando empezó a pasar más rato con Olga. Se habían conocido en verano, de forma casi por casualidad, como se conoce a tanta gente cuando el pueblo está lleno y las conversaciones se dispersan. Pero cuando llegaron el silencio y los días más cortos, la relación se volvió distinta. Más cercana. Más constante. Olga era de allí de toda la vida. Hija de Dionisio, ganadero y amigo de Vasile, uno de esos hombres que parecían no saber vivir sin trabajar. A Alina le llamó la atención desde el principio esa manera que tenía de moverse entre dos mundos sin sentirse extranjera en ninguno. Olga había estudiado en Madrid, conocía bien la ciudad, el ritmo rápido, los trabajos que empiezan y se acaban. Se dedicaba a la fotografía y llevaba redes sociales para alguna empresa cuando salía algo, trabajos temporales, sin demasiada estabilidad. Y aun así, siempre volvía. El campo nunca se le había ido del todo. No como un refugio, sino como una raíz.

Conectaron rápido, sin grandes explicaciones. Primero por la naturaleza, por esa forma compartida de mirar el entorno sin prisa. Después por los árboles. A ambas les fascinaba la idea de que cada árbol fuera único, incluso dentro de un mismo camino, de la misma ladera. Empezaron a fotografiarlos uno por uno, casi como un juego, deteniéndose en las formas, en las cortezas, en cómo la luz cambiaba su aspecto según la hora del día. A modo de broma, abrieron una cuenta en Instagram y comenzaron a subir las fotos, acompañadas de pequeños textos. No esperaban nada. Ni seguidores ni reconocimiento. Solo compartir algo que les parecía hermoso.

En pocas semanas, sin embargo, la cuenta empezó a crecer. Primero cientos, luego miles de seguidores. A Alina le hacía gracia pensar que aquello, tan sencillo y tan local, despertara tanto interés fuera. Le resultaba extraño y, al mismo tiempo, reconfortante. Como si lo que estaba aprendiendo a mirar allí tuviera un valor que no dependía del lugar.

Se veían dos o tres veces por semana. Caminaban juntas, hablaban largo y tendido, o simplemente compartían silencio sin que resultara incómodo. A veces acompañaban a Dionisio con el ganado. Él tenía ya setenta y cinco años y seguía negándose a jubilarse, pese a que todos se lo decían. Vasile solía comentar que desde que llegó al pueblo nunca lo había visto parar. Dionisio era de esos hombres que no conciben el descanso como una opción, sino como una amenaza. El trabajo no era para él una obligación, sino una forma de estar en el mundo. Al principio, Alina apenas le entendía cuando hablaba. El acento cerrado, las palabras comidas, los giros antiguos. Pero poco a poco fue afinando el oído. Aprendió a escuchar más allá de las frases completas, a captar el sentido antes que las palabras. Dionisio le hablaba poco, pero cuando lo hacía, era con una naturalidad sin esfuerzo, como si no hubiera necesidad de impresionar a nadie. Alina observaba aquella relación entre padre e hija con curiosidad tranquila. Olga lo acompañaba sin imponerse, respetando su ritmo, sabiendo cuándo ayudar y cuándo dejarle hacer.

A medida que avanzaba noviembre, Alina empezó a hacer algo que no había previsto: confiar. No en el sentido ingenuo, sino en ese otro, más profundo, que se instala en el cuerpo cuando deja de anticipar constantemente lo peor. Se dio cuenta una mañana, mientras ayudaba a su tío en la nave, de que ya no medía cada paso entre las vacas. Se movía con cuidado, sí, pero sin rigidez. Sin ese nudo antiguo en el estómago. Observaba. Aprendía. Escuchaba. Y, sin darse cuenta, empezaba a disfrutarlo.

Había una vaca —siempre la misma— que parecía buscarla. No era la más dócil ni la más fuerte, tampoco la más llamativa. Simplemente se acercaba cuando Alina estaba allí, con una calma casi deliberada, como si hubiera decidido que aquella presencia le resultaba familiar. Vasile, al verla, sonrió de lado.

—Esa es Miga —le dijo, como si le presentara a alguien de la familia.

A Alina le hizo gracia. No por la vaca, enorme, pesada, con el cuerpo lleno de fuerza tranquila, sino por el nombre. Miga. Algo pequeño para algo tan grande. No preguntó nada al principio. Solo sonrió. Luego fue dándose cuenta de que no era un caso aislado. Su tío tenía esa costumbre. Llamar a las vacas con nombres de cosas. A veces cosas mínimas, casi invisibles. Como si así las acercara al mundo humano sin quitarles su peso real. Le marcaron un par de nombres que se quedó con ellos enseguida. Tiza, blanca hasta parecer irreal cuando se manchaba de polvo. Peluca, siempre algo despeinada, con la piel colgando más de lo habitual. Vela, más fina, más estilizada, que parecía avanzar incluso cuando estaba quieta. Sombra, oscura, silenciosa, de esas que aparecen detrás sin que te enteres. Cuerda, la más brava, la más revoltosa, la que siempre

parecía a punto de romper algo, de enredarse donde no debía. El ternero más joven se llamaba Noche. Y la que estaba preñada, a punto de parir, se llamaba Luna. Vasile lo dijo como quien dice algo obvio, sin solemnidad, pero a Alina el nombre se le quedó clavado. El resto de nombres los iría asimilando poco a poco.

Pensó entonces que su tío, pese a llevar media vida en España, nunca se había ido del todo de Rumanía. No por el acento ni por las palabras, sino por esas cosas. Por poner nombre a los animales. Por reconocerlos. En su casa, aquello había sido siempre lo más normal del mundo. Nombrar era una forma de respeto. De vínculo. De asumir responsabilidad.

Con Miga empezó algo distinto. No fue inmediato ni espectacular. Simplemente ocurrió. Alina empezó a caminar entre las vacas como lo hacía de pequeña, como si siempre hubiera sabido hacerlo. Sus movimientos eran naturales, sin esa alerta constante que había arrastrado durante años. Miga la seguía dentro de la nave como si fuera lo más lógico. Se detenía cuando ella se detenía. Avanzaba cuando ella lo hacía. A veces le rozaba el brazo con el cuello, buscando contacto. Alina descubrió que le encantaba que le pasaran el cepillo por el lomo, pero sobre todo por el cuello, justo en la base, donde el músculo se relajaba. Miga cerraba los ojos entonces, pesada, confiada, y Alina sentía algo que no sabía nombrar, pero que se parecía mucho a la paz. Sin darse cuenta, el ganado dejó de ser una amenaza. No porque hubiera desaparecido el respeto, sino porque había aparecido el entendimiento. Empezaba a leer los movimientos, los tiempos, las intenciones. Ya no veía masas grandes e imprevisibles, sino cuerpos con lenguaje propio. Los cencerros de las vacas que lo tenían empezaron a ser sonidos agradables para ella. Incluso la palabra ganado empezó a incomodarla. Le sonaba distante, demasiado abstracta para lo que ya veía delante. Sin decirlo en voz alta, dejó de usarla. Empezó a llamarlas vacas para referirse a todas, o si era de forma individual por sus propios nombres. Miga, Tiza, Vela, Sombra, Cuerda, Luna. Nombrarlas le parecía la única forma honesta de mirarlas.

Lolo seguía allí, siempre cerca, pero cada vez más lento. Alina lo notó en pocos meses. Ya no se adelantaba. Se quedaba atrás, observando. A veces se detenía antes de tiempo, como si el cuerpo le pidiera tregua. Seguía siendo guardián, pero ahora su presencia era más simbólica, más serena. Como si supiera que ya no hacía falta correr.

Unos días después, Luna parió.

Fue de madrugada. Vasile despertó a Alina sin levantar la voz. Llamó a Dionisio. Hacía falta ayuda. El parto se complicó un poco. Nada grave, pero lento. Alina observaba desde un lado, sin intervenir, con el corazón apretado y una atención absoluta. Dionisio sabía exactamente dónde colocarse, cuándo tirar, cuándo esperar. Luna bufaba, cansada, firme. Cuando por fin salió la cría, costó. Mucho. Por eso la llamaron Tapona. Alina no olvidaría aquella escena. El vapor saliendo del cuerpo caliente de la ternera, la respiración acelerada, el silencio posterior. La manera en que Luna se incorporó despacio para lamerla. La vida abriéndose paso sin dramatismo, pero con una

fuerza que imponía respeto. Se le vino a la cabeza una frase que había escuchado miles de veces de una de sus películas favoritas: “La vida se abre camino”.

En esos días todo parecía mantenerse en equilibrio sin esfuerzo. Incluso la relación con sus padres, que nunca había sido mala, atravesaba un momento especialmente sereno. Hablaban a menudo, sin reproches ni advertencias. No discutieron ni una sola vez. Se contaban cosas pequeñas, casi insignificantes, y eso bastaba. En el pueblo, Alina se movía ya con una naturalidad que le habría resultado impensable meses atrás. Las vecinas la paraban, le hablaban, la incluían en conversaciones sin importancia. No se sentía observada ni evaluada. Simplemente estaba allí, como una más. Algo que en su pueblo de Rumanía nunca había llegado a ocurrirle del todo. Con Olga las cosas fluían igual. Se veían cuando tocaba, sin planes forzados. A veces caminaban, a veces no hacían nada. El máster avanzaba bien, ordenado, bajo control. Alina llevaba los tiempos claros y la cabeza tranquila. Y quizá por eso —sin grandes revelaciones ni momentos épicos— empezó a notar algo que le resultó casi extraño: se sentía feliz. No eufórica. No entusiasmada. Feliz de una manera sobria, estable, como si el cuerpo hubiera dejado de defenderse.

Fue a la nave como tantas otras veces. Una tarde cualquiera entre semana, de esas que no se distinguen unas de otras. Había ido a buscar a su tío para volver juntos a casa, cerrar el día, preparar algo sencillo para cenar. Era ya casi una costumbre.

Desde lejos oyó a Lolo. Se detuvo un segundo. No porque ladrara —Lolo ladraba a veces—, sino porque aquel sonido no encajaba. Era más grave, más insistente. Demasiado largo. Le pareció extraño. Siguió caminando.

A medida que se acercaba, notó también a las vacas inquietas. Más movimiento del habitual. Mugidos cortos, tensos, como si algo las hubiera sacado de su ritmo. Alina llamó a su tío en voz alta.

—¿Tío?

No hubo respuesta. Pensó que estaría por la otra parte de la nave, o fuera, revisando algo. Vasile solía dejarlo todo abierto. En Navandrinal no hacía falta cerrar nada. Todos se conocían. Volvió a llamarlo, esta vez más alto. Nada. Esperó unos segundos. Dudó. Sacó el móvil del bolsillo con la intención de llamarlo. En ese momento, escuchó un sonido muy cerca. Un móvil sonando. No era el suyo. El sonido venía del suelo, detrás de uno de los bebederos. Dio un par de pasos, siguiendo el ruido, y entonces lo vio.

Su tío estaba tirado en el suelo. Inmóvil.

Y en ese instante, antes incluso de pensar, el mundo se le cayó a los pies.

El duro invierno

—Menuda siesta que me he pegado sobrina —dijo Vasile desde la cama del hospital, con una sonrisa torcida que no terminaba de sostenerse. Tenía la voz algo más débil de lo habitual, pero conservaba ese tono suyo, a medio camino entre la broma y la obstinación.

—Me fui al suelo como Ceaușescu— ahora sí, riéndose más fuerte. Alina estaba sentada a su lado, con las manos entrelazadas sobre el regazo, mirándolo sin decir nada durante unos segundos. No le devolvió la sonrisa.

—No hagas bromas, tío —dijo al fin Alina—. No ahora.

Vasile suspiró, como si le pareciera una exageración innecesaria.

—Si no hago bromas yo, ¿quién va a hacerlo? Tú tranquila, está todo bien.

Alina negó despacio. Había aprendido en esos días que el humor de su tío era también una forma de defensa. Una manera de no mirar de frente lo que había pasado. Porque él no era del todo consciente de la gravedad. No como lo había sido ella.

Había sido una caída absurda. Eso fue lo que repitieron después todos. De esas que ocurren porque se ha hecho lo mismo mil veces antes. Vasile estaba en la nave, subido a una escalera, intentando arreglar una chapuza del techo que llevaba días posponiendo. Una chapa suelta, una filtración mínima, nada urgente. Nada que justificara esperar. Nada que pareciera peligroso. La escalera resbaló. O quizá fue el pie. Nadie lo supo con certeza. El caso es que se fue hacia atrás sin tiempo para reaccionar. El golpe contra el suelo fue seco. La cabeza dio de lleno.

Cuando Alina lo encontró, estaba inconsciente, con un pequeño charco de sangre en la nuca. Durante mucho tiempo no pudo ordenar con claridad lo que hizo después. Solo sabía que el cuerpo había reaccionado antes que la cabeza. Llamó a emergencias con una precisión que no recordaba haber tenido nunca. Dio la dirección sin dudar, explicó lo justo, pidió ayuda sin perder tiempo. Mientras hablaba, gritó el nombre de su tío una y otra vez, aunque no esperaba respuesta. Lolo no se movía de su lado. Las vacas estaban inquietas, mugiendo con una insistencia que le atravesaba los nervios.

Después llamó a Olga, pero estaba en Madrid. Luego a Dionisio, pero no era de los que estaban siempre pendiente del móvil. Luego a quien se le ocurrió. En Navandrinal las cosas no tardan en moverse cuando hace falta. En pocos minutos había gente en la nave. Manos. Voces. Miradas graves. Alina se mantenía a un lado, pero sin apartarse. No se sentó. No lloró. No todavía. Los de emergencias dijeron de moverle hasta que llegaran los sanitarios. La ambulancia llegó con las luces encendidas, rompiendo la quietud del pueblo. Alina subió con él sin pensar. En algún momento, ya en el trayecto, le cogió la mano. Estaba fría. Demasiado quieta.

En el hospital le hablaron con cautela desde el principio. Traumatismo craneoencefálico. Pérdida de conciencia prolongada. Había que esperar. No podían asegurar nada. Alina asentía, pero no

estaba segura de estar entendiendo las palabras. Todo le sonaba lejano, como si le hablaran a través del agua. Las primeras horas fueron las peores. Luego el tiempo empezó a perder forma.

Su tío estuvo dos días en coma. Alina no se movió prácticamente del hospital. Dormía sentada. Comía poco. Tenía el móvil siempre en la mano. Hablaba con su madre a todas horas. Su madre lloraba al otro lado del teléfono con una contención inútil, su hermano estaba muy grave. No podían venir. No tenían medios. No tenían margen. Esa impotencia atravesó a Alina de una manera nueva. No era solo miedo. Era responsabilidad.

Dionisio pasó por la casa y por la nave al día siguiente. Dejó comida preparada. Le dijo que no se preocupara por nada. Que las vacas estaban atendidas. Que la nave estaba cerrada. Que ella se quedara donde tenía que estar. Alina agradeció todo sin saber muy bien cómo. Volvió a casa una sola vez al día. Se duchaba. Cambiaba de ropa. Volvía al hospital.

Despertó a primera hora de la mañana del tercer día. Alina estaba sentada a su lado, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza ladeada. Se había quedado dormida sin darse cuenta, el cuerpo vencido por el cansancio acumulado. Llevaba dos noches durmiendo a ratos, en la silla, con la luz encendida y el ruido constante del pasillo como único fondo.

—¿Qué haces aquí? —dijo Vasile con la voz áspera, como si llevara tiempo sin usarla.

Alina abrió los ojos de golpe. Tardó un segundo en entender lo que estaba oyendo. Luego lo vio. Los ojos abiertos. Mirándola.

—Tío...

Se levantó de un salto, torpe, golpeándose con la silla, y salió al pasillo casi corriendo. No pensó a quién llamaba ni qué decía exactamente. Solo sabía que tenía que avisar. Los médicos llegaron enseguida. Le hicieron preguntas sencillas. Nombre. Lugar. Fecha aproximada. Vasile contestó despacio, a veces dudando, pero sin perderse del todo. Cuando le preguntaron si recordaba lo ocurrido, frunció el ceño.

—Me caí —dijo—. En la nave.

El médico asintió y miró a Alina.

—Ha sido un traumatismo serio —explicó—. Si no hubiera sido por su sobrina que le encontré, probablemente no estaríamos aquí hablando ahora mismo.

Alina bajó la mirada. No dijo nada.

—¿Y las vacas? —preguntó Vasile de pronto, interrumpiendo la conversación—. ¿Están bien?

El médico suspiró, con esa paciencia aprendida a base de repetir siempre lo mismo.

—Ahora mismo eso no es lo importante.

—Para mí sí —respondió él, sin alterarse.

Alina se acercó a la cama.

—Están bien —dijo—. Dionisio se ha encargado. Todas.

Vasile cerró los ojos un instante. Como si ese dato le permitiera descansar. Las siguientes dos horas fueron extrañas. Vasile estaba despierto, pero no del todo. A ratos lúcido, a ratos confuso. Le dolía todo el cuerpo. Pero lo que mantenía a todos en vilo era la cabeza. El golpe había sido fuerte. Había que observar. Esperar. No precipitarse.

—Unos días —le dijeron—. Por seguridad.

Vasile aceptaba a medias, por la tarde ya parecía más despierto. Protestaba. Se impacientaba. Decía que estaba bien, que no hacía falta tanto teatro, que en unos días se recuperaba.

A la mañana siguiente, Vasile estaba aún más despierto. Seguía dolorido, rígido, con el cuerpo lleno de molestias nuevas, pero la cabeza parecía más clara. Hablaba con más continuidad, preguntaba cosas concretas, se orientaba mejor en el tiempo. Alina pasó buena parte de la mañana sentada a su lado, enseñándole a manejar el móvil con el brazo que aún respondía. Le explicó cómo deslizar el dedo, cómo ampliar las letras, dónde leer las noticias. Él se lo tomó como un reto menor, algo a lo que agarrarse para no sentirse inútil.

—¿Ves? —le dijo—. Así me entretengo un rato. Tú vete tranquila a casa. Si esto es solo cuestión de uno o dos días como mucho.

Alina dudó.

—Puedo quedarme.

—No hace falta —insistió él—. Además, alguien tendrá que echar un ojo a las vacas.

Ese argumento seguía siendo el único que lo convencía de cualquier cosa. Alina acabó yéndose esa tarde, no sin resistencia. Le prometió volver a la mañana siguiente. Vasile asintió, satisfecho, como si hubiera recuperado una pequeña parcela de control. Entró despacio en casa. La casa estaba igual que siempre, pero ya no era la misma. No había ruido. No había pasos. Todo parecía detenido de una forma extraña, como si el aire se hubiera quedado esperando. Se dejó la chaqueta puesta unos minutos, sin saber muy bien qué hacer primero.

Antes de cenar, fue a la nave. Las vacas estaban tranquilas. Rumiaban despacio, ajenas a todo. La nave seguía en pie, intacta, como si nada hubiera ocurrido allí el día anterior. Lolo salió a su encuentro, pero no lo hizo como otras veces. Se acercó despacio, sin levantar demasiado la cabeza. Estaba apagado. Más lento aún. Alina se agachó y le pasó la mano por el lomo. Notó el cuerpo rígido, cansado. Se preguntó si ellas notaban la ausencia. Si algo había cambiado también para las vacas. Si el ritmo distinto, la falta de una presencia, se percibía de alguna manera que ella aún no sabía leer.

Al volver al pueblo, le pareció vacío. No porque no hubiera gente, sino porque todo estaba demasiado quieto para la hora que era.

A la mañana siguiente regresó al hospital.

Esta vez los médicos fueron claros.

—No hablamos de unos días —le dijeron—. Hablamos de semanas. Y después, reposo. Mucho reposo.

Al principio no había sido evidente. Venía de estar dos días en coma, y la prioridad había sido la cabeza. Pero, conforme pasaban las horas, el cuerpo empezó a delatar el alcance real de la caída. La cadera no era solo un golpe: había una luxación complicada, con ligamentos dañados, que requería inmovilización prolongada. El hombro también estaba afectado, con una lesión que limitaría el movimiento durante meses. Y todo eso, sumado al traumatismo craneoencefálico, obligaba a extremar la prudencia. No podían permitirse ningún riesgo.

—Tiene que quedarse ingresado —insistieron—. Y después, rehabilitación y nada de esfuerzos.

Cuando se lo dijeron a Vasile, se enfadó.

—¿Un mes aquí? —protestó—. Yo me gano la vida con mis vacas. Es lo único que tengo.

No lo decía como una queja abstracta. Era una constatación. Llevaba muchos años viviendo de ellas. No se había hecho rico, pero tampoco había pasado hambre. Lo justo. Lo suficiente. Desde la muerte de Ana, además, las vacas se habían convertido en algo más que trabajo. Eran su rutina, su estructura, su manera de seguir en pie. Nunca se había imaginado, ni por un momento, estar una semana entera sin pisar la nave.

—Ahora mismo —respondió el médico— lo único que tiene que hacer es quedarse quieto.

Vasile apretó la mandíbula. Miró al techo. Luego a Alina.

—Esto no puede ser —murmuró—. No ahora.

Alina dio un paso al frente.

—Tío —dijo—. No te preocupes por eso.

Él la miró, escéptico.

—¿Cómo que no me preocupe?

—Yo me encargo —respondió ella—. De todo. De las vacas. De la nave. De lo que haga falta. Tú céntrate en ponerte bien.

Vasile abrió la boca para protestar, pero no llegó a hacerlo. La observó unos segundos más. En silencio.

—No es fácil —dijo al final—. No es poca cosa.

—Lo sé —respondió Alina—. Pero ahora mismo es lo único que importa.

Vasile asintió despacio. No convencido del todo, pero sin fuerzas para seguir discutiendo.

Y Alina entendió, en ese instante, que ya no se trataba solo de ayudar. Había asumido algo mucho más grande.

Casi sincronizadas con lo que había pasado, las primeras nevadas llegaron a la sierra de Ávila. Las montañas amanecían blancas casi cada mañana, cubiertas por una capa limpia que transformaba el paisaje en algo silencioso y más severo. En el pueblo, la nieve aparecía y desaparecía. Caía durante la noche, blanqueaba tejados y caminos, y al mediodía se retiraba sin cuajar del todo, como si dudara. El frío, en cambio, no dudaba. Se instaló con constancia.

Los primeros días fueron una sucesión de tareas que Alina aprendía sobre la marcha. Algunas ya las había visto hacer a su tío mil veces, y otras solo las conocía de oídas. Revisar cierres, limpiar bebederos antes de que se helaran, asegurarse de que la paja estuviera seca, comprobar que ninguna vaca se hubiera quedado rezagada. El mantenimiento de la nave ocupaba más tiempo del que había imaginado: arreglos pequeños que nunca eran pequeños del todo, puertas que no cerraban bien, un cable suelto, una gotera que ahora sí importaba. Había vacas que parecían entenderlo todo. Que aceptaban su presencia con una naturalidad casi colaborativa, como si ya la hubieran integrado en el ritmo. Otras se lo ponían más difícil. Cuerda seguía siendo un desafío constante, inquieta, desconfiada, siempre a punto de probar los límites. Luna, más cerrada, más reservada, tardaba en dejarse manejar. Alina aprendió a no forzar. A esperar. A repetir gestos. A entender que no todo se gana con insistencia, sino con tiempo.

Poco a poco, empezó a hacerse cargo de todo. No como una suplencia temporal, sino como quien ocupa un lugar que no estaba previsto. Se levantaba antes de que amaneciera, organizaba el día en su cabeza mientras se vestía, y salía al frío con una determinación que no se reconocía del todo como propia. Había miedo, sí, pero también una atención constante que no le daba margen para el pánico.

Desde el hospital, su tío fue tomando conciencia de la magnitud de lo ocurrido. Al principio protestaba por inercia, pero a medida que pasaban los días empezó a escuchar más. Los médicos. Su cuerpo. A su sobrina. Cada vez que hablaban por teléfono, Alina le contaba con detalle qué había hecho con las vacas, cómo estaba la nave, si había algún problema. Vasile empezó a confiar. No porque le quedara otra, sino porque la calma con la que ella hablaba se le fue metiendo dentro.

A los diez días cayó la primera nevada seria en Navandrinal. El puerto se volvió más peligroso, y Alina dejó de ir al hospital a diario. Pasó a hacerlo cada dos días, y los días intermedios hablaban por teléfono. Era más sensato así. El invierno empezaba a imponer sus propias reglas. Lolo, mientras tanto, parecía envejecer a ojos vista. Se movía cada vez más despacio, dormía más horas, y había algo en su mirada que a Alina no le gustaba. Lo achacó al frío, al cambio de rutina,

a la ausencia de su tío. Le acercó una manta para que estuviera más calentito. No quiso pensar más allá. Las primeras Navidades en España llegaron sin ceremonia. Su tío seguía en el hospital. Ella, al frente de todo. No hubo celebraciones ni planes especiales. El máster avanzaba bien, casi mejor de lo esperado. Haber empezado antes de tiempo le había dado margen, y el estudio se convirtió en una isla de orden dentro del caos. Aun así, febrero estaba ahí, y los exámenes no esperaban. Estudiaba por las noches, cansada, con una concentración sorprendentemente firme. La relación con sus padres se volvió más estrecha que nunca. Hablaban todos los días. No discutían. No había reproches. Compartían preocupación, cansancio, pequeñas victorias. A la distancia, eran más familia que nunca. Navidad pasó muy rápido. Demasiado. Entre el cuidado de las vacas, la casa, el estudio, las llamadas, no hubo tiempo para detenerse. Olga estuvo más cerca que nunca. Aparecía cuando podía, ayudaba sin preguntar, se quedaba lo justo. Dionisio también. Con los años encima y el cuerpo que ya no respondía igual, estaba siempre atento a lo que hiciera falta. Aquellas dos semanas sin su tío en el pueblo pasaron duras, pero sin espacio para la reflexión. Volaron.

El 28 de diciembre, Lolo murió. Alina lo encontró tumbado en la nave, como tantas otras veces. Al principio no entendió nada. Se detuvo a unos metros, esperando que levantara la cabeza. No lo hizo. Se acercó despacio. Se arrodilló a su lado. Estaba frío. El cuerpo aún entero, tranquilo, como si se hubiera quedado dormido. Fue ahí donde se paró por primera vez desde lo de su tío. Tres semanas después. Todo cayó de golpe. El susto. El hospital. El miedo. La responsabilidad. El cansancio. Lo enterró donde pudo, con las manos entumecidas por el frío. Esa tarde lloró como no lo había hecho en todo ese tiempo. No salió de casa. No habló con nadie. Fue solo para ella.

Su tío ya estaba mejor entonces, aunque la cadera evolucionaba peor de lo esperado. Los médicos hablaron de una operación y lo pusieron en lista de espera con prioridad. Eso ocurrió cuando ya había despertado del todo, cuando empezó a enterarse de dónde estaba y por qué seguía allí. No protestó. El tiempo en el hospital le había cambiado algo por dentro. No quería estar allí, pero había entendido que no era una cosa pequeña. Con los días se fue haciendo a la rutina. Se había hecho amigo de otros pacientes, de charlas cortas en los pasillos o desde la cama de al lado. Los días pasaban lentos, pero pasaban. El hospital tenía su propio ritmo, y él se había adaptado sin darse cuenta. Había aprendido a esperar sin preguntar demasiado, a aceptar las noticias cuando llegaban. La noticia de la muerte de Lolo le cayó como un golpe seco. Se la dieron el mismo día que le confirmaron la fecha de la operación. Todo junto. Primero el perro, luego la llamada del hospital diciendo que lo operarían en la segunda semana de enero. Durante dos días estuvo hundido. Casi no habló. No comía apenas. El cuerpo estaba allí, pero la cabeza no. Después llegaron las llamadas de su hermana, de gente del pueblo. Poco a poco le fueron sosteniendo. Hablaba de Lolo, de las veces que se habían perdido juntos por el monte, de lo buen perro que había sido. Realmente lo quería. Decirlo en voz alta parecía ordenarle algo por dentro. Pensó que, al menos en eso, había tenido suerte: saber cuándo sería la operación, justo cuando todo lo demás se había desordenado.

El 31 Alina fue a ver a su tío. No fue una visita larga. Habló con él un rato, le contó cómo estaban las vacas, cómo había nevado esa mañana, le dijo que todo seguía en pie. Vasile escuchaba con atención, más callado de lo habitual. Le apretó la mano al despedirse. No dijo nada especial, pero tampoco hacía falta. Aquella misma tarde fue a casa de Olga para pasar la Nochevieja. Llegó cansada, con la sensación de no estar del todo en ningún sitio, pero allí encontró algo distinto. No se sintió invitada ni de paso. Se sintió una más. Cenaron juntas, también estaban otras primas de Olga, brindaron sin demasiadas palabras, rieron lo justo. Nadie le preguntó cómo estaba esperando una respuesta concreta. Simplemente estaba allí, con la mente distraída. Y eso bastó.

Enero empezó sin transición. Las tareas no dieron tregua, pero Alina no se perdió en ellas. Siempre había sido metódica, ordenada hasta el extremo. Listas para todo, horarios claros, prioridades definidas. Durante años aquello había parecido una manía, una rigidez innecesaria. Ahora se revelaba como una ventaja. Cada día estaba pautado. Qué hacer en la nave, qué revisar en la casa, qué llevar al hospital, qué estudiar por la noche. Funcionaba casi en automático. A cambio, iba acelerada. No había tiempo para mucho más. No para detenerse, no para pensar demasiado. Pero el sistema aguantaba. Siguió estudiando cuando pudo. Al principio con la misma exigencia de siempre, pero poco a poco fue cambiando el enfoque. Se dio cuenta de que ya no tenía sentido perseguir sobresalientes como antes. Se mentalizó de que, esta vez, bastaba con aprobar. Sacar el cinco. Cumplir. No porque se rindiera, sino porque había entendido algo nuevo. La Alina de antes estudiaba así por ego, por demostrarse algo a sí misma. Ahora no. Ahora la realidad mandaba. Y la eficiencia también era una forma de inteligencia. Las circunstancias la habían obligado a ser más práctica, menos idealista. No peor. Distinta.

El pueblo respondió antes de que ella tuviera tiempo de pedir nada. Las vecinas de su tío empezaron a aparecer con naturalidad: una bolsa de verduras, un tupper de caldo, una pregunta lanzada desde la calle. Siempre lo mismo: cómo estaba Vasile, si necesitaba algo, que no dudara en avisar. Se lo dijeron mil veces. Y no eran palabras vacías. Estaban allí. Alina lo notó. Aquella red, discreta pero constante, la sostuvo más de lo que habría reconocido en voz alta. A cambio, ella también ayudó en lo que sabía hacer. Configuró móviles, resintonizó televisiones, explicó cómo mandar audios. Pequeñas cosas. Gestos mínimos que cerraban un círculo. Volvió a pensar en su pueblo de Rumanía, en lo lejos que quedaba aquello, y en el poco trato que tenía con los vecinos de allí. Pensó en cómo se había formado una especie de familia improvisada en Navandrinal, hecha de atención cotidiana y presencia real.

Nyx seguía como siempre. Maja, despierta, ligera. Pegada a Alina desde hacía tiempo, como si hubiera decidido que aquel era su lugar natural. La seguía a todas partes, también hasta la nave, donde Lolo la había tolerado sin entusiasmo pero sin rechazo, con esa paciencia antigua que ya no exigía nada ni esperaba demasiado. Nyx se movía con cautela, sabía cuándo apartarse, cuándo quedarse quieta. No reclamaba atención. Estaba, y eso bastaba. Desde hacía meses, su presencia formaba parte del paisaje de la nave, igual que el olor a paja o el ruido constante de las

vacas. Gaia era distinta. Nunca había encajado del todo con Lolo. No había habido enfrentamientos, pero sí una tensión persistente, un recelo mutuo que se hacía evidente cada vez que coincidían. Cuando alguna de las pocas veces había seguido a Alina junto con su hija hasta las cercanías de la nave, el ambiente cambiaba. Lolo se mostraba más rígido, más atento, como si marcara un territorio que no estaba dispuesto a ceder. Por eso Gaia siempre se marchaba antes de tiempo. Había seguido guardando el pajar donde antaño hubo ovejas. Aquel había sido su sitio durante años. Su responsabilidad. Su función. Pero en cuestión de semanas, sin mantenimiento, el pajar se había venido abajo. El frío se colaba por todas partes, la humedad se acumulaba, la paja estaba siempre sucia. Era un lugar inhóspito incluso para un animal acostumbrado a aguantarlo todo.

A la semana de la muerte de Lolo, a Alina se le ocurrió traer a Gaia de nuevo a la nave. Aquella tarde cogió la manta que había llevado para Lolo y la extendió en un rincón de la nave, lejos del paso, protegida del aire. Dejó allí también los cuencos de Lolo, con la comida puesta. No como un gesto simbólico, sino como una propuesta clara. Quería que Gaia se quedara. Gaia era una auténtica guardiana. Y además, sabía que si la madre se establecía allí, Nyx acabaría yendo también. Nyx, estuviera donde estuviera, siempre volvía con su madre al terminar el día. No fue inmediato. A Gaia le costó varios días. Entraba en la nave, olisqueaba, se acercaba a la manta, daba una vuelta y volvía a salir. Regresaba al pajar por inercia, como si aún tuviera que cumplir con una obligación que ya no existía. Por las noches dudaba. Se quedaba en la puerta, mirando hacia dentro, sin decidirse. Alina no la forzó. No la llamó. No la empujó. Simplemente repitió los gestos. Colocó la comida. Ajustó la manta. Esperó. Con paciencia. Con la misma constancia con la que había asumido todo lo demás. Al cabo de unos días, Gaia se quedó. Primero una noche. Luego otra. Empezó a dormir en la nave de Vasile. Pronto supo que ya no tendría que volver a aquel pajar abandonado. En la nave había comida, cobijo y, sobre todo, una continuidad con su papel. No estaba desubicada. Seguía siendo necesaria. Se adaptó rápido. Demasiado rápido, casi. Incluso las vacas la aceptaron sin conflicto, como si hubiera llegado un sargento a una habitación de soldados: presencia firme, mirada atenta, sin necesidad de imponerse. Nyx, por su parte, iba y venía, más a su aire, pero siempre regresaba. El equilibrio nuevo se asentó sin ruido.

Nada de aquello fue casual. Fue un empeño de Alina. Uno más. Y, como tantas otras veces en aquellas semanas, funcionó.

Pasaron los días y llegó el de la operación. Alina llevaba tiempo preparándose para ese momento, pero aun así los nervios no aflojaron. La mañana fue larga. Esperas, pasillos, silencios que se estiraban más de la cuenta. Vasile intentó bromear antes de que se lo llevaran, como si aquello fuera un trámite menor, pero la sonrisa no le duró mucho. Alina se quedó sentada, con las manos juntas, repasando mentalmente todo lo que vendría después. Cuando por fin salió el cirujano y dijo que todo había ido bien, el alivio fue inmediato, casi físico. No era euforia. Era simplemente poder respirar otra vez. A la semana le dieron el alta. Volvió a casa en ambulancia, inmóvil, con el cuerpo

todavía ajeno a cualquier intento de normalidad. Las instrucciones fueron claras y poco alentadoras: un mes de reposo absoluto, sin moverse prácticamente de la cama, otro mes para empezar a incorporarse y dar los primeros pasos y, después, rehabilitación, lenta, constante, sin atajos. Vasile escuchó todo en silencio. No preguntó cuánto dolería. Solo cuánto tardaría en volver a la nave. Los sanitarios se miraron sin responder directamente. Alina tomó nota de todo.

La primera semana en casa fue la más dura. Vasile no podía moverse solo. Todo requería ayuda. Levantarlo un poco, cambiarlo de postura, acercarle el agua, prepararle la comida, ayudarlo a sentarse. La casa se transformó en un espacio estrecho, lleno de obstáculos que antes no existían. Cada gesto había que pensarlo dos veces. Alina aprendió a medir fuerzas, a anticiparse, a no improvisar. También tuvo que aprender a pincharle todos los días el anticoagulante, una inyección subcutánea en la barriga para evitar trombos. La primera vez le temblaron las manos. Él apretó los dientes y miró al techo. Luego se acostumbraron los dos. Era incómodo, rutinario, necesario. Como casi todo en aquellas semanas.

Mientras tanto, el invierno se cerraba sobre la sierra. Llegaban borrascas una tras otra, sin dar tregua. Las montañas permanecían blancas día tras día, sin apenas deshielo. Las carreteras se cortaban a ratos, el puerto hasta Ávila se volvía impracticable algunas mañanas, y el frío parecía no retirarse nunca del todo. Se hablaba de uno de los inviernos más duros de los últimos años. Alina organizaba las salidas con cuidado, calculando tiempos, mirando el parte antes de moverse. Dentro de casa, el ritmo era lento y pesado. Fuera, el mundo seguía avanzando a base de viento, nieve y agua. Todo parecía exigir resistencia.

Cuando nevaba, el pueblo cambiaba de carácter. No era solo el paisaje. Era la forma en que todo se ralentizaba y, a la vez, se volvía más frágil. Durante aquellas semanas se fue la luz varias veces. A veces duraba minutos, otras horas. La cobertura también desaparecía sin previo aviso. Y lo que más fastidiaba a las vecinas no era ni una cosa ni la otra, sino la televisión. Cada vez que el viento soplabla fuerte o la lluvia caía con insistencia, la antena de móviles y la de la tele parecían resentirse a la vez. Sin ellas no había señal, ni llamadas, ni noticias. El pueblo quedaba incomunicado de una forma casi total. Cuando la nieve cuajaba, la carretera se volvía peligrosa. No era una distancia grande hasta el pueblo de abajo, pero esos tres kilómetros se notaban. Había un desnivel de casi trescientos metros, y Navandrinal estaba ya a más de mil trescientos. La nave de Vasile, a mil cuatrocientos. Bastaba una noche de helada para que todo cambiara. El cartero dejaba de subir. Los paquetes no llegaban. Amazon se quedaba abajo, igual que muchas otras cosas que en otros lugares se daban por hechas. No era una queja. Era un hecho. Las calles tampoco ayudaban. Cuando helaba, se convertían en una trampa constante. Alina lo comprobó una mañana, al salir demasiado confiada. Resbaló y cayó de lado, sin hacerse daño, pero con el golpe seco suficiente como para aprender la lección. Desde entonces caminaba despacio, con pasos cortos, midiendo cada apoyo. Aprendió a leer el suelo, a distinguir el hielo invisible de la simple humedad, a no fiarse de la costumbre.

En esos días el pueblo se recogía sobre sí mismo. Menos movimiento, menos ruido, más miradas atentas. Las casas parecían cerrarse un poco más al frío. Dentro, la vida continuaba con lo justo. Fuera, el invierno imponía sus normas. Y Alina entendió que allí, cuando el tiempo se ponía serio, no había margen para el descuido. Solo para la cautela y la espera.

Febrero entró sin hacer ruido, casi de puntillas. Con él llegó la semana de exámenes del primer cuatrimestre. Alina la afrontó con la misma lógica con la que estaba haciendo todo lo demás. Cinco exámenes en cinco días. Uno cada día. Sin margen. Sin dramatismo. Contra todo pronóstico, aquella semana hizo buen tiempo. Incluso calor, algo extraño después de tantas semanas de frío y borrascas encadenadas. Aun así, Alina seguía saliendo con mucha antelación. Llegaba siempre hora y media antes de cada examen, por si la carretera se complicaba, por si helaba, por si pasaba cualquier cosa. Prefería esperar sentada, con la infusión ya fría, a tener que correr. No buscaba hacerlo perfecto. Tampoco destacar. Había cambiado el enfoque. Fue práctica, pragmática. La nota le daba un poco igual. Sabía que había hecho todas las pruebas de evaluación continua al empezar el curso con muy buenas calificaciones. Muy mal se tenía que dar para no sacar el cinco. Esa certeza le resultaba reconfortante. Le quitaba presión. No tenía que demostrar nada. Solo hacerlo. Entrar, escribir, salir, pasar al siguiente día. Funcionó así durante toda la semana. Examen tras examen. Sin grandes altibajos. Con cansancio, sí, pero también con una calma nueva. Mientras tanto, en la televisión empezaron a hablar de una gran borrasca. Los informativos repetían el aviso con insistencia. Frío intenso, nieve abundante, viento fuerte. La presentaban como algo serio, distinto a lo anterior. Alina escuchaba de fondo mientras hacía otras cosas. Tomó nota mental, como siempre. Revisó el parte un par de veces más. Ajustó horarios. No le dio muchas vueltas. El último examen terminó al mediodía. Salió del aula con la sensación de haber cerrado algo. Sin euforia, pero con alivio. De camino al pueblo, el cielo empezó a cambiar. Al llegar, ya nevaba. Al principio despacio, casi sin intención. Luego con más constancia. Cuando aparcó, los primeros copos empezaban a cuajar en el suelo. El invierno, que había dado tregua justo cuando más lo necesitaba, parecía volver a reclamar su sitio.

El sábado amaneció completamente blanco. Unos diez centímetros, quizá alguno más en las zonas donde el viento se había quedado quieto. Vasile, desde la cama, le quitó importancia con un gesto de la mano. Dijo que eso no era para tanto, que otras veces había sido peor. A lo largo del día la nieve se convirtió en agua. Llovió sin parar, con una lluvia constante, pesada, que fue llevándose el blanco poco a poco. Al menos en casa se estaba calentito. El sonido del agua contra las ventanas se volvió fondo permanente. El domingo siguió lloviendo. Esta vez con más frío. En la televisión avisaban de que, al terminar esa borrasca, llegaría otra inmediatamente después. Hablaban de un fenómeno poco común, de sistemas encadenados que no daban tregua. En la tienda del pueblo no se hablaba de otra cosa. Las vecinas repetían lo mismo una y otra vez: menudo invierno llevaban, que no recordaban nada igual. Alina apenas se detenía. Iba de la nave a casa y de casa a la nave. Tenía demasiadas cosas encima, pero estaba extrañamente contenta.

Las cosas estaban saliendo. El tío estaba en casa. Los exámenes habían pasado. Creía que le habían salido bien. No necesitaba más.

La semana siguiente fue una prolongación de lo mismo, pero a peor. Llovía casi todos los días. El viento aumentaba, con rachas cada vez más fuertes. La luz se iba un par de veces al día. A veces duraba poco, otras más. Algún operario del ayuntamiento acababa arreglándolo, pero nunca duraba demasiado. La cobertura entraba y salía. La televisión, la mayoría del tiempo, no funcionaba. En los informativos hablaban ya de una tercera borrasca seguida. Decían que incluso en Sevilla el Guadalquivir se había desbordado. Vasile negó con la cabeza cuando lo oyó.

—Esto no es normal —dijo—. Todo lo que está cayendo no es normal.

En la comarca empezaron a aparecer avisos por riesgo de inundaciones y fuertes vientos. Alina los leía sin comentarlos. Ajustaba horarios. Revisaba cierres. Seguía adelante.

Y así llegó la mañana del viernes, una semana después de su último examen. Había llovido toda la noche. No de golpe, sino sin descanso. Cuando se levantó, apenas chispeaba, pero una niebla densa cubría el pueblo. No se veía más allá de unos pocos metros. El aire estaba cargado de humedad y silencio. Todo parecía detenido. Parecía que la lluvia había terminado de ser tan agresiva. Había cierta paz. Alina se preparó como siempre. Se puso las botas, la chaqueta gruesa, y salió con su vara Garrotina. Fue Dionisio quien le avisó. Apareció en el camino, con el gesto tenso, diciendo su nombre antes de que ella pudiera preguntarle nada. Le explicó, atropellado, que el riachuelo junto a la nave se había desbordado durante la noche. Que el agua había bajado con fuerza. Que una de las paredes había cedido. Que solo había unas cuantas vacas en la nave, las demás no estaban. Tampoco estaban las perras. Que todo le parecía muy raro. Que dónde andarían. Tan rápido como se lo comentó, a pesar de su edad, se fue hacia el otro lado del pueblo para ver él a sus vacas.

Alina no fue a ver a su tío. No lo despertó. No le dijo nada. Pensó que no debía moverse. Que no podía saberlo aún. Las vacas eran su vida. Económica, sí, pero también mental. Si se enteraba, intentaría levantarse. Salir. Hacer algo que no podía. No había tiempo para discutirlo. Decidió ir ella.

Lo primero era saber dónde estaban. No traerlas todavía. No resolver nada. Solo localizarlas. Entender qué había pasado durante la noche. El barro lo decía todo. Las huellas se marcaban con claridad cerca de la nave, profundas, desordenadas, mezcladas con los surcos que había dejado el agua al retirarse. Cerró bien las vacas que habían quedado dentro. Contó varias veces. Faltaban muchas. Al menos una veintena. También los terneros.

No se detuvo a pensar más.

Siguió las huellas.

Al principio avanzó con rapidez, casi con alivio, como si el movimiento le ordenara las ideas. Caminaba firme, con la vara en la mano, atenta al suelo. El barro se pegaba a las botas y hacía más pesado cada paso. Gritó el nombre de Nyx una vez, luego otra. Su voz se perdía enseguida en la niebla. No hubo respuesta. Ni un ladrido. Nada.

Se internó más.

La niebla la rodeaba por completo. No era la de otros días. Aquella era distinta. Más espesa. Más cerrada. En los últimos meses se había acostumbrado a caminar entre bancos bajos, a esa bruma que se levanta del valle y deja ver lo justo. Pero eso no era lo mismo. Allí no había profundidad. Todo estaba a la misma distancia corta, como si el mundo se hubiera encogido.

Al cabo de unos minutos dejó de oír cualquier ruido del pueblo. Ni coches. Ni voces. Ni campanas. Solo el sonido apagado de sus propios pasos y el roce de la vara contra la tierra húmeda. Le pareció extraño no escuchar tampoco a las vacas. Ni un mugido. Ni un movimiento. Solo silencio.

Siguió adelante.

Los caminos que conocía parecían otros. Desvíos que no recordaba. Bordes que se desdibujaban. El terreno se abría y se cerraba sin aviso. Se detuvo un momento, giró sobre sí misma, intentando orientarse. La niebla no devolvía nada. Volvió a gritar el nombre de Nyx, más fuerte esta vez. De nuevo, nada.

Ajustó la empuñadura de la vara y continuó caminando.

No pensó en volver atrás. No todavía.

Volvió a gritar el nombre de Nyx. Esta vez le pareció oír algo. Un sonido breve, un movimiento al fondo del camino, justo por donde había venido. El corazón le dio un salto. Pensó que era ella. Que volvía. Giró el cuerpo con rapidez, ya con el nombre preparado en la boca. Pero no vio el negro familiar del pelaje ni las manchas blancas que conocía de memoria. Lo primero que distinguió fueron unas patas. Luego un contorno grande. Durante un segundo sintió alivio. Imaginó que era Gaia. Pero ese segundo no duró.

Alzó la vista y vio los ojos. Dorados. Inmóviles. Clavados en los suyos. El cuerpo se le quedó rígido, como si alguien hubiera apagado algo por dentro. No había duda. Ni ruido. Ni advertencia.

Alina ya no estaba sola. Entendió al instante que estaba delante de un lobo.

Furtună

Se quedó paralizada. El aire no entraba. Intentó gritar, pero no le salió ningún sonido. La boca abierta, el pecho rígido, la garganta cerrada como si alguien la hubiera apretado desde dentro. El lobo seguía allí, inmóvil, observándola. Gruñó bajo, apenas un ruido, pero suficiente para atravesarla entera. No era un aviso. Era un recordatorio.

Apretó la vara con ambas manos hasta que le dolieron los dedos. Garrotina. La colocó delante de su cuerpo sin pensar, en un gesto torpe pero instintivo, como si pudiera levantar una frontera entre ella y lo que tenía delante. Dio un paso atrás. Luego otro. Despacio. El barro cedía bajo las botas. El lobo no avanzó. Ya no la miraba directamente. Giraba la cabeza, atento a los lados, al entorno, como si midiera algo más grande que ella.

Entonces aulló.

El sonido no fue largo, pero se le metió dentro. No lo oyó solo con los oídos. Le vibró en el pecho, en la nuca, en las piernas. En la cabeza apareció, sin aviso, la imagen del oso. El relato que había escuchado de niña. Su padre en el suelo. El peso. El olor. La imposibilidad de defenderse. El mismo miedo antiguo, primario, sin palabras. El mismo cuerpo que se queda quieto cuando sabe que no puede ganar.

Corrió. No supo en qué momento dejó de pensar en la dirección. Corrió porque tenía que hacerlo. Porque quedarse era peor. La niebla lo borraba todo. El suelo era una sucesión de trampas. Barro, charcos, desniveles que no veía hasta que los pisaba. Tropezó varias veces, pero no cayó. Avanzaba a golpes de impulso, empujada por el pánico. No distinguía caminos ni referencias. Solo seguía adelante, hasta que llegó a una pared de piedra. Un cierre de prado. La recorrió hacia uno de los lados desesperada, hasta encontrar un hueco, una entrada, cualquier cosa por donde seguir, pero no la encontró, solo la bordeó.

De repente, escuchó otro aullido, mucho más lejos, pero en la dirección a la que estaba huyendo. Se paró en seco. Le entraron temblores. El corazón le golpeaba el pecho con violencia. Le dolían las piernas. Le ardían los pulmones. No escuchaba nada más que su propia respiración desordenada. No sabía si estaba cerca o lejos. Pensó rápidamente, había más de uno. Se preguntaba si la seguían. Se agazapó al lado de la pared de piedra, con Garrotina como escudo. El mundo había perdido forma. No había arriba ni abajo. Estaba totalmente perdida.

El cuerpo le pidió parar. No solo el movimiento, sino la mente. Poco a poco. Bajó el ritmo mental, luego la respiración. Se apoyó un segundo en la vara. El pecho le subía y le bajaba a trompicones. Tenía la boca seca. Notó, por primera vez desde que había echado a correr, que volvía a sentir las piernas. Seguía agazapada. Llevaba ya allí un minuto. Se propuso escuchar, escuchar la nada. No miró, pues la vista no le servía de nada en esa situación. No se movió. Intentaba controlar la respiración. Escuchó de verdad. Fueron segundos largos, tal vez minutos. El silencio seguía siendo espeso, pero ya no era el mismo. No estaba cargado de amenaza. Era otra cosa. Distinto.

Al fondo, casi confundido con el viento, oyó un sonido grave. Un mugido. Débil, pero claro. Luego otro. Más cerca. El corazón le dio un vuelco, tan fuerte que le tembló el pecho.

Las vacas. Le subió algo a la garganta. Una mezcla de alivio y ganas de llorar. El cuerpo pidió soltarse, pero algo dentro de ella se lo impidió. No ahora. No aquí. Pensó, sin formularlo del todo, que llorar no la sacaría de allí. Que en ese momento no era eficiente. Tragó saliva. Se secó la cara con la manga empapada. Notó que la voz le volvía, áspera, baja, pero presente.

Se dio cuenta entonces de algo sencillo y firme: si encontraba a las vacas, encontraría una salida. Ellas siempre sabían por dónde moverse. Conocían el terreno mejor que ella. Donde estaban ellas, había camino, había lógica. Ajustó la empuñadura de la vara, respiró hondo una vez más y empezó a avanzar en dirección a los sonidos, despacio ahora, con cuidado, como si cada paso volviera a tener sentido.

Se puso en marcha sin saber muy bien de dónde sacaba el impulso. No fue valentía. Fue otra cosa. Una mezcla de cansancio, obligación y una determinación seca que no admitía alternativa. Avanzó despacio, con la vara marcando el terreno antes de cada paso. La niebla seguía cerrada, espesa, pegada al cuerpo. Caminaba dentro de un mundo sin fondo, donde todo parecía estar a la misma distancia. Al principio oyó a las vacas lejos. Un tintineo bajo, irregular, casi confundido con el viento. Un cencerro. Luego otro. Separados. Lejanos. El sonido viajaba mal en la niebla, pero no mentía. Un mugido aislado, apagado, casi confundido con el viento. Después otro. Y otro más. No venían de un solo sitio. Parecían rodearla. A su derecha. Detrás. Más adelante. El sonido viajaba mal en la niebla, rebotaba, se deformaba. Cada pocos pasos tenía la sensación de estar yendo en la dirección correcta y, al mismo tiempo, de no ir a ninguna parte. Aun así, siguió. Escuchando. Ajustando el rumbo solo por el oído. Así estuvo unos cuantos pasos interminables por la hierba húmeda. De pronto, surgieron ante ella. No una, ni dos. Varias a la vez. Aparecieron de golpe, materializándose en la niebla como cuerpos enormes y nerviosos. Se detuvieron al verla. Bufaron. Movieron la cabeza. Algunas se acercaron, otras se apartaron. Había miedo en sus movimientos, desorden, una tensión eléctrica que se contagiaba. Acertó a ver a Tiza, también estaba Cuerda. Alina levantó la mano sin darse cuenta, habló en voz baja, usando palabras que había oído a su tío mil veces. No sabía si serviría. Intentó agruparlas, cerrarlas un poco, evitar que se dispersaran más. Era un caos. Las vacas se cruzaban, giraban, chocaban entre sí. No había rebaño. Solo animales asustados.

Entonces oyó algo correr. El sonido fue rápido, bajo, directo hacia ella. El cuerpo reaccionó antes que la cabeza. Apretó la vara, giró sobre sí misma, preparada para defenderse de lo que fuera. El corazón se le subió a la garganta. Pero no era un lobo. Era Nyx.

Llegó jadeando, con el cuerpo bajo, los ojos abiertos de par en par. Alina sintió un alivio tan fuerte que le flojearon las piernas. Se agachó instintivamente, estiró la mano para tocarla. Fue entonces cuando vio la sangre. En el hocico. En una oreja. Una mancha oscura en el lomo, húmeda.

—¿Qué te ha pasado? —susurró, sin darse cuenta de que estaba hablando.

Nyx temblaba. No se dejaba tocar del todo. Se movía nerviosa, girando la cabeza hacia la niebla, como si esperara algo. El miedo le atravesó a Alina de nuevo, distinto esta vez. Más frío. Más concreto.

Un aullido cortó el aire. No fue lejano. Tampoco inmediato. Fue lo bastante cerca como para que no hubiera dudas. Nyx gimió. Un sonido agudo, quebrado, impropio de ella. Se pegó a Alina, llorando, buscando refugio sin saber dónde. Las vacas, cerca unas de otras, se agitaron otra vez. El caos volvió a expandirse. La niebla no devolvía nada. Solo sonidos.

Volvió a oír un sonido parecido al que había anunciado la llegada de Nyx. Pasos rápidos. Demasiado ligeros para ser vacas. Esta vez no venían de un solo sitio. Sonaban a la vez, cruzándose, rodeando el grupo. Alina giró la cabeza, intentando abarcarlo todo, pero la niebla solo devolvía sombras en movimiento.

Entonces las vacas mugieron. Varias a la vez. Un sonido alto, roto, desesperado.

Alina los vio.

Dos cuerpos grandes atravesaron la niebla por el flanco contrario al que estaba ella, casi pegados al suelo. Eran rápidos. Demasiado. Distinguió el movimiento seco de las mandíbulas, los saltos bajos, los mordiscos lanzados a los tobillos de las vacas. No hubo tiempo para pensar. Alzó la vara por encima de la cabeza y gritó con toda la voz que le quedaba.

—¡Fueraaaaa!

El grito rompió algo.

Las vacas, presas del pánico por aquella situación, huyeron en desbandada. El rebaño, si alguna vez lo había sido, se deshizo por completo. Cuerpos enormes pasando a su lado sin control, empujándose unas a otras, ciegas de pánico. Alina no pudo apartarse a tiempo. Una la golpeó de lleno. Luego otra. Sintió el impacto seco en el costado, el suelo acercándose de golpe.

Cayó. La vara se partió con un chasquido corto, inútil, bajo su peso. Garrotina quedó rota entre el barro y la hierba aplastada. Alina se quedó unos segundos en el suelo, sin aire, con el mundo girándole alrededor. Le ardía todo el cuerpo. La imagen volvió sin pedir permiso: su padre en el suelo, el oso, el miedo absoluto, la certeza de no poder hacer nada.

Se obligó a moverse. Antes de incorporarse miró al suelo. La vara estaba partida por la mitad. Le sorprendió verla así, rota, con lo sólida que siempre le había parecido. Pensó que la caída había tenido que ser fuerte. En una fracción de segundo hizo un repaso mental del cuerpo, casi automático: piernas, brazos, espalda. Nada. No le dolía nada. Demasiado poco. La adrenalina estaba disparada, sosteniéndola entera, anestesiándolo todo.

El ruido era atronador. No uno solo, sino muchos a la vez. Cencerros sonar como campanas. Mugidos desordenados. Ladridos de Nyx. El aire vibraba con sonidos que no sabía colocar en el espacio. No veía nada. La niebla lo aplastaba todo, lo volvía plano, cercano, amenazante. De repente, un aullido volvió a cortar el fondo. Esta vez lejos. Demasiado lejos para estar tranquilo. Pensó, con un hilo de lucidez: *¿Otro más? ¿Cuántos hay?*

El corazón le golpeaba en la garganta. Seguía en el suelo. Respirando rápido. Entonces vio las piedras. Varias, a su lado, húmedas, irregulares. Volvió a pensar en su padre. En el oso. En lo que habría sentido en ese instante exacto. El cuerpo sabiendo que no hay margen. En la sangre de Nyx, aún fresca en su memoria. Algo se le encendió dentro. No fue miedo. Fue rabia. Una rabia seca, inmediata. Dejó la vara rota donde estaba. Cogió dos piedras sin pensarlo, las que mejor encajaban en las manos. Pesadas. Firmes. Pensó, sin formularlo del todo, en lo inevitable. En que, si algo salía de la niebla, no iba a quedarse quieta. No iba a correr más. La imagen de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo apareció en su cabeza sin permiso, brutal, final.

Se levantó. Las vacas seguían mugiendo, pero ya no venían de un solo punto. Los sonidos llegaban desde distintos lugares, superpuestos, desordenados, como si el campo entero se hubiera fragmentado. Avanzó por puro instinto, con las dos piedras apretadas en las manos, los brazos rígidos, el cuerpo preparado para lo que fuera. No pensaba en huir. No ahora.

De pronto dejó de oír a Nyx. El silencio donde antes estaba su ladrido le dio un vuelco en el estómago. No era un silencio limpio, sino una ausencia concreta, como si algo hubiera sido arrancado de golpe. Siguió oyendo a las vacas, pero eso no la tranquilizó. Al contrario. El miedo cambió de forma. Se volvió más punzante.

Entonces, a los pocos segundos, escuchó otro ladrido. No era Nyx. Era Gaia.

Lo reconoció al instante, incluso antes de pensarlo. No era un ladrido nervioso ni agudo. Era grave, profundo, sostenido. Un sonido que no pedía ayuda ni advertía: marcaba territorio. Era el ladrido que Alina había aprendido a identificar desde el primer día, ese que parecía salir del pecho más que de la garganta. El de quien no duda. El de quien se queda.

Sintió algo parecido a un anclaje. Como si, en medio del caos, alguien hubiera clavado una estaca en la tierra.

—¡GAIA! —gritó, con la voz rota pero firme. —¡NYX!

El ladrido de Gaia respondió, más cerca. Avanzó hacia esa dirección sin pensarlo más, llamándola una y otra vez. La niebla empezó a abrirse lo justo para mostrar una forma grande, tensa, recortada contra el blanco. Allí estaba Gaia. Más fiera que nunca. El cuerpo bajo, las patas firmes, el cuello erguido. No retrocedía. No miraba a Alina. Miraba al frente, vigilante, entera en su función. Y a Alina no le dio miedo. Al contrario. La valentía le subió de golpe, como una descarga.

Ahí estaba ella. Defendiendo. Haciendo exactamente aquello para lo que había nacido. Gaia no era amenaza. Era frontera.

Entonces vio en grupo a unas vacas, reconoció a unas cuantas. Entre ellas destacaba Luna. Estaba a pocos metros, apartada del resto, con el cuerpo ladeado protegiendo a su ternero. Pero algo era distinto. Luna no reaccionó como siempre. No se tensó al verla. No se movió. Tenía los ojos muy abiertos, húmedos, el cuerpo rígido por el miedo. El ternero se apretaba contra ella, temblando.

Alina dio un paso más y vio la herida. El ternero sangraba por una de las patas traseras, cerca del corvejón. No era profunda, pero sí abierta, irregular. Un mordisco rápido, bajo. De los que buscan incapacitar, no matar. Un ataque de manual. El pecho de Alina se cerró. Luna respiraba rápido. Bufaba. Pero no embestía. No huía. Se había quedado allí, plantada, sosteniendo a su cría como podía. Alina entendió entonces lo que había pasado sin que nadie se lo explicara: Gaia había estado allí todo el tiempo. Conteniendo. Marcando. Dando margen. Manteniendo a raya lo que no se veía. Apretó más fuerte las piedras. No pensó en los lobos. Pensó en Luna. En el ternero. En Gaia. En Nyx, estuviera donde estuviera. Y por primera vez desde que había salido de casa aquella mañana, supo con claridad absoluta una cosa: No iba a retroceder.

Alina empezó a moverse en círculos amplios, sin saber cuántas eran ni intentar contarlas. No tenía sentido. La niebla falseaba las distancias y los cuerpos aparecían y desaparecían como si el grupo respirara. Giraba alrededor de ellas y de Gaia, marcando presencia, ocupando espacio. No tenía vara. No tenía nada con qué imponer orden salvo el cuerpo.

Y aun así, lo hizo. Le salieron los sonidos de su tío sin pensarlos. Chasquidos secos con la lengua. Palabras cortas, graves, dichas desde el pecho. Órdenes que no explicaban nada, pero empujaban. Acompañaba cada sonido con el movimiento de los brazos, amplios, acompasados, como había visto hacer mil veces. No para golpear, sino para dirigir. Para cerrar. Para decir *aquí no, por ahí sí*. Las vacas respondían a medias, torpes, todavía tensas, pero ya no huían en todas direcciones. Se detenían. Dudaban. Se acercaban unas a otras.

Pasaron unos segundos —o minutos, no lo sabía— y apareció otra vaca por la niebla. Luego otra más. Se incorporaban al grupo sin ruido, casi pidiendo permiso, como si buscaran ese pequeño núcleo de estabilidad que empezaba a formarse. Alina no dejaba de moverse. No paraba. No se permitía parar. Entonces vio la sangre. Una vaca entró cojeando, con el muslo manchado de rojo oscuro, húmedo. La reconoció al instante. Cuerda. Otra vez Cuerda. Siempre Cuerda. La más inquieta, la que rompía filas, la que se metía donde no debía. Alina apretó los dientes. Cuerda se detuvo cerca del grupo, respirando rápido, el costado subiéndole y bajándole con violencia. No se apartó. Se quedó. Al poco rato se unieron dos más.

Ya no eran unas pocas. Eran varias. Una decena, quizá algo más. No lo sabía con certeza, pero lo sentía en el peso del aire, en la densidad de los cuerpos, en el sonido conjunto de unos cuantos

cencerros. Allí estaba ella, en medio de la nada, rodeada de seres enormes a los que había temido casi toda su vida. Y sin embargo, no había pánico. No ahora. Había tensión, sí. Vigilancia. Pero también algo distinto. Se estaban protegiendo. Las vacas permanecían juntas, con los cuerpos orientados hacia fuera, formando una masa compacta. Luna seguía con su ternero pegado al costado, inmóvil, como si supiera que separarse era morir.

Y Gaia. Gaia no paraba. Se desplazaba de un lado a otro del grupo con una precisión inquietante. No corría. Caminaba. Medía el terreno. Se detenía unos segundos, observaba la niebla, y volvía a moverse. No ladraba constantemente. Solo cuando hacía falta. Su cuerpo marcaba una línea invisible que nadie cruzaba. Alina lo entendió sin que nadie se lo explicara: eso era lo que mantenía a los lobos a distancia. No el ruido. No el tamaño del grupo. Gaia. Una frontera viva.

Alina siguió girando, respirando hondo, sosteniendo el espacio con el cuerpo y la voz. No sabía cuánto tiempo podría aguantar así. No sabía si vendrían más. No sabía si aquello bastaría. Pero en ese momento exacto, entre la niebla, la sangre, el miedo y los cuerpos juntos, entendió algo que no olvidaría nunca: No estaba sola. Y tampoco estaba indefensa.

La oyó antes de verla. Un hilo constante, fino, como si alguien estuviera vertiendo agua en un cuenco de piedra. Alina se detuvo en seco, con una mano aún alzada a medias, el pecho subiendo y bajando como un fuelle. Escuchó de nuevo. Ahí estaba: el goteo firme, el murmullo pequeño que no encajaba con el caos. Avanzó dos pasos, con cuidado, y la niebla cedió lo justo para devolverle una forma: un brocal bajo, una losa inclinada, el borde comido de musgo. La fuente. La fuente vieja. Sintió un golpe en la memoria, limpio, casi físico. Vasile señalándola con la barbilla meses atrás, como quien enseña una herramienta: *“Esta agua nunca falla, es la más sana de todo el valle. Cuando puedo vengo aquí con unas garrafas y me las llevo a casa.”* La frase le volvió entera, con su tono y todo. No estaban lejos. No tanto. Le entró aire. No era alivio. Era orientación. Una cosa fría y útil que le colocó el mundo en su sitio.

—Vamos —dijo, más para sí que para las vacas.

Volvió a moverse alrededor del grupo, más segura. Los brazos, los chasquidos, las palabras cortas. Empujó el núcleo despacio hacia donde sabía que el camino se abría. Gaia se colocó como una sombra sólida en el flanco, andando con esa precisión suya de animal que entiende el perímetro mejor que el miedo.

Avanzaron. Primero un metro, luego dos. La niebla seguía cerrada, sí, pero ya no era un muro absoluto: era un velo sobre un lugar conocido. Bajo las botas notó el cambio del terreno, ese tramo de tierra más compacta, la pendiente mínima que bajaba hacia la entrada del pueblo. Las vacas dudaron, se apretaron entre ellas, pero obedecieron a la inercia del grupo. Alina mantuvo el ritmo. Sin prisa. Sin pausa. En menos de dos minutos ya no las conducía a ciegas. Las conducía con dirección.

Y entonces lo oyó. Al principio fue un ladrido lejano, roto por la distancia. Alina se tensó. Esperó, conteniendo el aire, como si el silencio pudiera mentirle. Volvió. Más alto. Más desesperado. No era un ladrido de aviso. No era el de un perro que persigue. Era otra cosa. Era un sonido que no cabía en el cuerpo. Un grito hecho animal. Como si la estuvieran desgarrando viva. Era Nyx.

A Alina se le heló la sangre y, al mismo tiempo, se le encendió algo que no era miedo. Miró al grupo. Las vacas seguían en la dirección correcta, avanzando ya con una especie de obediencia torpe. Gaia las cubría. Ladraba a veces, caminaba, tensa, presente, haciendo de frontera. Alina supo, por primera vez en toda esa mañana, había una mínima estructura: ellas tenían un rumbo. Y ella... ella tenía que ir. No lo dudó.

Apretó las piedras una última vez, como si ese peso le recordara quién era en ese segundo. Luego echó a correr hacia los ladridos, tragándose el aire a bocados, con la niebla abriéndose y cerrándose delante como una boca. Mientras corría, sintió algo raro: una presencia. No mística. No dulce. Útil. Recordó a ȚuȚu sin haberlo llamado. No con tristeza, sino con una certeza absurda, íntima. Como si aquel viejo perro —o la idea de él— caminara a su lado por el borde del mundo, empujándola a no aflojar, a no mirar atrás. Como si le dijera sin palabras: *no te pares ahora*.

Los ladridos de Nyx se quebraron otra vez, más cerca. Alina apretó los dientes y corrió más. Llegó al sitio del ladrido con el pecho ardiéndole y la niebla pegada a la cara como una venda. Se frenó de golpe, buscando con los ojos... y no vio a Nyx. Vio a una vaca echada. No tumbada para rumiar. ECHADA como se echa algo que no puede sostenerse. El cuello estirado, el costado subiendo y bajando demasiado rápido, el barro manchado a la altura del muslo. Tenía un cencerro, y el sonido era distinto: no marcaba paso, marcaba temblor. Alina se quedó un segundo sin voz, como si su cuerpo intentara decidir si aquello era real o un castigo.

Entonces oyó el sonido bajo, cerca del suelo. Un jadeo corto. Un gruñido contenido.

Nyx estaba pegada al lomo de la vaca, medio oculta, con el cuerpo tenso como un muelle. No ladraba ya. Vigilaba. Tenía las mismas heridas que antes, sí, pero ahora se veían mejor: la oreja abierta, el hocico manchado, el pelo del lomo apelmazado por sangre seca. Con el rabo entre las piernas. Aun así, no se movía. No se apartaba.

Cuando Nyx la vio, todo en ella cambió en un latido. Se le escapó un gemido agudo, como de alivio y de rabia a la vez, y dio un paso hacia Alina... pero volvió a colocarse delante de la vaca, cerrándole el paso al vacío. Como diciendo: *has venido, pero esto sigue aquí*. Alina se agachó y le tocó el cuello. Nyx temblaba entera. Le lamió los dedos con desesperación, nerviosa, pidiendo algo que no sabía pedir.

—Estoy aquí —le salió a Alina, ronco—. Estoy aquí.

Y entonces lo sintió. No un ruido. Un cambio. Una presión en el aire. Ese instante en el que el campo deja de ser campo y se convierte en una escena con espectadores. A la derecha, en la

niebla, se dibujó una sombra baja. No avanzó. Solo se colocó. A la izquierda, otra. Un poco más atrás, casi invisible. Y, frente a ella, donde la niebla parecía más blanca, aparecieron unos ojos. No brillaban como en cuentos. Simplemente estaban. Quietos. Midieron la distancia como quien mide una puerta.

Tres. No los vio “llegar”. Los vio “ya colocados”, como si hubieran estado allí desde antes y ella acabara de entrar en su círculo. Uno de ellos, el de enfrente, con el morro rojizo de sangre. Alina notó que Nyx cambiaba la respiración. No era miedo. Era pánico. Su garganta soltó un gruñido que no le había oído nunca, profundo. Aún así mantuvo el tipo. Nyx dio un paso lateral, cerrando el ángulo, protegiendo la vaca con su cuerpo roto. Alina, sin mirarlos aún, vio algo en el suelo: un palo grueso, húmedo, probablemente arrancado por el agua de la noche, pesado, contundente. No era Garrotina. Pero era algo. Tiró una de las piedras sin pensarlo y agarró el palo. La mano le encajó como si hubiera esperado esa forma toda su vida.

Se incorporó despacio. No corrió. Esta vez no. No retrocedió. Se puso delante de Nyx y de la vaca, con el palo cruzado a la altura del pecho, las piernas abiertas sobre el barro. Y, por primera vez desde que había empezado la mañana, sintió algo extraño: una calma caliente, sucia, total. Le vino la imagen del oso que siempre se imaginó y que le atormentaba en sus pesadillas. Su padre en el suelo. La impotencia. El cuerpo que entiende tarde. Y esa imagen, en vez de partirla, la cerró por dentro como un puño. No lo volvería a permitir.

—No —dijo. No gritó. Lo dijo como se dice una ley—. No.

Golpeó el suelo con el palo. Un golpe seco. De esos que hacen vibrar el barro. Nyx ladró entonces, un ladrido corto, brutal, como un disparo. El lobo de la derecha hizo un amago: un paso rápido, una prueba. No para atacar, sino para medirla. Alina reaccionó sin pensar: avanzó un paso ella, hacia él, invadiéndole el margen, y levantó el palo por encima del hombro.

—¡FUERA! —esta vez sí, con todo el aire que le quedaba—. ¡FUERA DE AQUÍ!

Lanzó la piedra que le quedaba, no a su cuerpo: al suelo, delante de sus patas. La piedra golpeó piedra y barro y el ruido fue un latigazo en la niebla. El lobo se frenó. No por dolor: por sorpresa. Por cálculo roto. Alina empezó a coger el palo que había cogido con las dos manos. Dispuesta a todo.

El de la izquierda movió la cabeza, incómodo. El de enfrente enseñó los dientes sin abrir la boca, como si sonriera. Alina no bajó el palo. No dejó de mirar. No parpadeó. El tiempo se estiró en un hilo finísimo. Ella oyó su corazón como un tambor. Oyó la respiración de Nyx detrás. Oyó el jadeo de la vaca.

Y luego ocurrió lo impensable: el lobo de enfrente apartó la mirada un segundo. No mucho. Lo justo. Como si comprobara algo detrás de la niebla. Como si valorara el riesgo. Alina aprovechó

ese mínimo quiebre para dar otro paso hacia delante. Hacia ellos. Como diciendo: *si queréis, venid. Pero hoy cobráis caro.*

Nyx se adelantó medio paso también, cojeando, y soltó un gruñido tan bajo que parecía venir del suelo. Los lobos se miraron entre sí sin mirarse. Un lenguaje antiguo, sin palabras.

Y entonces, igual que habían aparecido, se deshicieron.

Uno retrocedió primero. El segundo giró el cuerpo, sin prisa. El tercero se quedó una fracción más, clavándole los ojos, como guardándose su cara en la memoria. Y después también se fue, tragado por la niebla. No huyeron. Se retiraron. Como quien acepta que hoy no.

Alina se quedó de pie un segundo más, con el palo aún levantado, respirando como si acabara de salir del agua. Cuando por fin bajó el brazo, le temblaba. No era miedo. Era el cuerpo entendiendo lo que había hecho.

Nyx apoyó la cabeza un instante en su pierna, llorando bajito, y Alina se agachó sin soltar el palo, tocándole la cara con una mano torpe.

—Ahora... ahora nos vamos —susurró—. Ya. Ya.

Y por primera vez, la niebla no parecía un monstruo. Parecía un escenario que acababa de presenciar algo.

Alina no se movió al instante. Se quedó junto a Nyx, con el palo todavía entre las manos, esperando el siguiente sonido. Otro aullido. Otra sombra. Lo que fuera. Pero la niebla solo devolvió lo mismo de antes: goteo, barro, respiraciones.

Miró a la vaca. Seguía echada, el cuello tenso, los ojos desorbitados. No mugía. Solo respiraba, como si cada bocanada fuera una decisión. Alina se agachó despacio, sin perder de vista el blanco alrededor, y le habló en voz baja, con esa voz que no era la suya del todo, sino la que usaba su tío cuando quería que el mundo se calmara.

—Eh... tranquila. Ya está. Ya se han ido.

La vaca parpadeó. Un par de veces seguidas, rápido. Como si acabara de volver. Alina acercó la mano al morro húmedo, notó el temblor fino de las aletas de la nariz, y entonces vio el detalle. La mancha. Ese dibujo mínimo que no se repetía en ninguna otra. Se le quedó un segundo la garganta cerrada.

—¿...Miga?

El nombre le salió como una incredulidad. Como si decirlo pudiera hacerlo real. Era Miga. No lo podía creer. No había caído antes. Estaba toda llena de barro. En la niebla, en el pánico, todas las vacas eran solo cuerpos. Pero Miga era Miga. La que siempre se acercaba primero cuando ella entraba en la nave. La que olía las manos. La que había aprendido a no embestir. La que parecía

tonta y, sin embargo, siempre estaba donde debía. Alina se quedó un momento mirándola, con una ternura que le dolió. Nyx se pegó a su pierna y gimió. Alina le pasó los dedos por el cuello, notó el pelo pegado por sangre, y le habló también a ella, sin mirarla.

—Bien. Muy bien, mi niña. Ya.

Entonces vio las mordeduras. No en el muslo, como había pensado al llegar. En las patas. Marcas bajas, rápidas, sucias. Sangre en los pelos, barro metido en las heridas. Las típicas. Las que no buscan matar, buscan derribar.

Miga intentó incorporarse y falló. Volvió a echarse, agotada, como si el cuerpo no recordara de golpe cómo se sostiene. Alina respiró hondo. Una vez. Otra.

—Vamos a hacerlo despacio —dijo—. Como siempre.

Le apoyó una mano en el costado, firme pero suave, y con la otra dio un golpecito en el aire, como una orden pequeña. No tenía vara. Tenía voz. Y tenía presencia.

—Arriba. Vamos, bonita.

Miga bufó, reunió las patas bajo el cuerpo, tembló... y se levantó. No del todo estable. No con fuerza. Pero en pie. Alina sintió que el mundo, por un segundo, volvía a tener sentido. Tragó saliva y sonrió sin darse cuenta. Una sonrisa mínima, cansada, que le duró nada.

—Eso es. Eso es.

Se puso en marcha con Nyx pegada al tobillo, cojeando, y Miga avanzando a saltos cortos, obediente, como si solo necesitara que alguien le recordara el camino.

Alina caminó entre las dos con el improvisado palo en la mano, sin bajar la guardia, guiándolas hacia donde sabía que estaba Navandrinal. Y mientras andaban, con la niebla cerrada aún y el campo callado, Alina pensó algo que no habría imaginado nunca: que en aquel lugar —en mitad del miedo— también se podía construir una salida.

Mărțișor

Alina caminaba sin prisa. No porque le sobrara tiempo, sino porque el cuerpo había decidido otra cosa. El peligro había quedado atrás y, con él, esa cuerda tensa que la había mantenido entera durante horas. A cada paso, el mundo recuperaba peso. El barro en las botas. El aire frío entrando ya sin urgencia. El sonido lejano del pueblo, todavía apagado, pero reconocible.

No miró atrás. A ratos le parecía imposible que todo aquello hubiera ocurrido de verdad. Que hubiera estado allí, sola, con la niebla cerrada y los lobos delante. Que no hubiera corrido. Que se hubiera quedado. La idea no le entraba del todo en la cabeza. No se reconocía en esa imagen. O quizá sí, pero era una parte nueva, sin nombre todavía.

Mientras avanzaba, empezó a notar el cuerpo. Las manos le ardían. No era un dolor agudo, sino una quemazón profunda, como si la piel se hubiera quedado demasiado abierta al mundo. Miró los nudillos: estaban raspados, con pequeños cortes oscuros, tierra incrustada en las grietas. No recordaba habérselos hecho. El muslo le dio un pinchazo seco al apoyar mal el pie. Nada grave. Nada importante. No comparado con lo otro.

Siguió caminando. Cuando el terreno se volvió más firme y la pendiente se suavizó, supo que ya estaban cerca. El pueblo no se veía aún, pero se sentía. Ese cambio mínimo en el aire, en la forma en que el sonido no se perdía del todo. Terreno conocido. Terreno seguro.

Fue entonces cuando el temblor llegó. No de golpe. Primero en las piernas. Luego en los brazos. Un temblor fino, incontrolable, que no tenía que ver con el frío. Alina se detuvo un segundo, apoyó una mano en el costado de Miga y respiró hondo. La vaca avanzaba despacio, dócil, como si entendiera que aquello ya estaba hecho. Nyx caminaba pegada a ella, cojeando, pero alerta. Gaia iba un poco más atrás, vigilante todavía, aunque el cuerpo ya no estaba tan bajo.

—Ya está —murmuró Alina, sin saber muy bien a quién se lo decía.

Al llegar al primer cruce, vio a Olga y a Dionisio venir de frente. No corrían. Caminaban rápido, con el gesto tenso. Olga fue la primera en verla. Se quedó quieta un segundo, como si necesitara comprobar que era ella de verdad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. —Estábamos muy preocupados.

La habían estado llamando al teléfono, pero la cobertura, como tantas veces en Navandrinal, no funcionaba. Habían visto las vacas antes. Las mordeduras. La sangre. Dionisio llevaba esa cara suya de cuando algo no encajaba del todo y prefería no sacar conclusiones aún. Se temían lo peor, pero el verla suspiraron a la vez.

Alina abrió la boca, pero no dijo nada. No supo por dónde empezar. No por falta de palabras, sino porque ninguna parecía adecuada. Todo lo que había pasado no cabía en una frase. Ni en dos. Ni siquiera en una explicación ordenada. Así que no explicó nada.

Siguieron caminando juntos. Lo siguiente ocurrió sin necesidad de acuerdos. Como si cada cual supiera qué hacer. Olga fue directa a la nave. Dio órdenes cortas. Señaló. Movié cubos. Sacó vendas, agua limpia, desinfectante. Se arremangó sin decir nada más. Había aprendido de su padre, de muchos años de oficio de familia, de heridas peores y soluciones prácticas. No hacía aspavientos. No preguntaba demasiado. Observaba. Tocaba. Decidía.

Las vacas fueron entrando poco a poco. Una a una. Algunas cojeaban. Otras tenían marcas superficiales, mordiscos rápidos, bajos. Nada mortal. Nada que no pudiera curarse con tiempo y cuidado. Olga trabajaba con una calma que no era lentitud. Era precisión. Lavaba, presionaba, vendaba cuando hacía falta. Hablaba en voz baja, como si eso también fuera parte del tratamiento. Nyx se dejó hacer a medias. Se quejaba, se movía, pero no se apartaba. Cuando Olga le limpió la oreja, tembló entera, pero aguantó. Alina estaba a su lado, sin tocarla, presente. No hacía falta más.

Gaia apareció después. Llegó sin ruido, como siempre. Primero fue hacia Nyx. La olfateó despacio, le dio un par de lametones largos, insistentes, justo donde dolía. Nyx cerró los ojos un segundo. Luego Gaia se giró. Fue hacia Alina. No corrió. No dudó. Se acercó más de lo que lo había hecho nunca. La rodeó despacio, oliéndola con atención, como si necesitara comprobar algo. Se detuvo frente a ella. Le apoyó el hocico un instante en la pierna, justo donde el muslo le dolía. No fue un gesto cariñoso. No buscaba contacto. Fue otra cosa. Reconocimiento. Aceptación. Alina bajó la mano sin pensar y rozó el cuello áspero de Gaia. Solo un segundo. Gaia no se apartó. Tampoco se acercó más. Después se giró y se sentó a unos metros, de cara a la puerta, como si el trabajo aún no hubiera terminado del todo.

Alina se apoyó en la pared de la nave. El cuerpo ya no le sostenía igual. Ahora sí, el cansancio caía con todo su peso. Pero era un cansancio limpio. Sin pánico. Sin urgencia. Miró alrededor. Las vacas rumiaban despacio. Nyx estaba echada, respirando mejor. Olga seguía trabajando, concentrada. Dionisio hablaba por teléfono con alguien del pueblo, avisando de que ya estaba todo controlado. El ruido del viento había bajado. La niebla empezaba a levantarse muy despacio, como si también hubiera decidido retirarse. Alina pensó, sin emoción concreta, que había cruzado algo. No sabía aún qué significaba. No sabía en qué la convertiría. Pero supo que ese día había dejado atrás una versión suya que ya no volvería.

No se sintió heroica.

Se sintió viva.

Y, por primera vez en mucho tiempo, suficiente.

Los días pasaron. No de golpe, no con claridad, sino como pasan siempre después de algo que ha sido demasiado. Con una calma extraña, casi ofensiva. El campo volvió a parecer el de siempre. La nave olía igual. El pueblo siguió con su ritmo pequeño. Pero nada estaba exactamente en el mismo sitio.

Su tío se enteró de todo. No fue una conversación fácil. Primero vino el enfado. Un enfado seco, torpe, lleno de miedo acumulado. Le dijo que había sido una locura. Que no tenía derecho a ponerse en peligro así, que su hermana le iba a matar. Que no sabía lo que podría haber pasado. Alina no discutió. Lo dejó hablar. Sabía que debajo de cada reproche había otra cosa. Después llegó el silencio. Y en ese silencio, algo más. No lo dijo con grandes palabras. No era su estilo. Pero cuando la miró, cuando le preguntó por detalles mínimos, por decisiones concretas, por cómo había hecho para aguantar... Alina entendió. Había cabreo, sí. Pero también admiración. Y una gratitud difícil de asumir para alguien como Vasile.

Ese mismo día contaron las vacas. Una por una. Sin prisas. Con cuidado. Estaban todas. No faltaba ni una sola. Alina no dijo nada. Tampoco hizo ningún gesto especial. Pero supo, con una certeza que no necesitaba aplausos, que había salvado lo que sostenía la vida de su tío. No solo las vacas. El equilibrio entero.

Ese final de febrero no lo olvidaría nunca.

Unos días después, Olga llamó a su puerta. No avisó. Apareció como hacía siempre, sin ceremonia. Le tendió un pequeño lazo rojo y blanco, sencillo, atado con cuidado.

—Es mărtişor —dijo—. Para ti.

Alina lo sostuvo un segundo sin decir nada. Lo conocía. En Rumanía anunciaba la primavera. El paso del invierno. La promesa de que algo vuelve a empezar, aunque aún haga frío. Se lo ató a la muñeca despacio. No como un amuleto. Como un cierre.

Las semanas siguieron avanzando. Su tío empezó a recuperarse antes de lo previsto. A marchas forzadas, como todo en él. Antes incluso de empezar la rehabilitación formal, en cuanto pudo dar dos pasos sin tambalearse, ya estaba inquieto. Volvió a la nave poco a poco, primero a mirar, luego a quedarse un rato más. Y se sorprendió. Todo estaba en su sitio. O mejor. Alina había dejado su huella sin imponerla. Más orden. Más lógica. Menos improvisación inútil. No era una revolución. Era eficiencia. La nave funcionaba. Las vacas estaban tranquilas. Gaia y Nyx formaban parte del paisaje sin fricción. Lolo en el recuerdo. Su Aceitunita siempre presente, eso sin duda.

Un día, sin previo aviso, Vasile le tendió algo. Era una vara. No Garrotina. Otra.

—Esta era de mi suegro —dijo—. Cuando me hice cargo de todo esto, me la dio él.

La sostuvo un momento antes de soltarla.

—Garrotón.

Alina no respondió enseguida.

—Es tuya —añadió—. Te la mereces. Por todo.

No lo dijo como una concesión. Lo dijo como un hecho. Alina la aceptó sin ceremonia. Sabía lo que significaba.

Poco después llegaron las notas. Había ido a por el cinco. A sobrevivir. A cumplir. Aprobó todo. Cuatro notables. Un sobresaliente. Le dio risa. No de euforia. De incredulidad tranquila. Empezó el segundo cuatrimestre sin ruido, con otra cabeza. Y en abril le confirmaron las prácticas en un colegio de un pueblo cercano. No era un premio. Era una continuación natural.

La vida, simplemente, seguía. Pero ya no era la misma. Y ella tampoco.

Una mañana salió temprano, como tantas otras. El frío ya no mordía igual. La luz caía de otra manera sobre los prados, más abierta, menos dura. Caminó hacia la nave con Garrotón en la mano, no como un arma ni como un trofeo, sino como una extensión natural del cuerpo. Las vacas estaban tranquilas. Rumiaban. Gaia vigilaba desde su sitio, sin tensión. Nyx correteó un poco y volvió a colocarse a su lado. Todo estaba en orden. No porque nada pudiera pasar, sino porque, si pasaba, ahora sabría qué hacer.

Se detuvo un momento antes de entrar. Respiró hondo. Pensó, fugazmente, en la mujer que había llegado allí meses atrás con miedo, con dudas, creyéndose de paso. Esa mujer ya no estaba. No había desaparecido: había aprendido. Se había quedado. El campo no la había vencido ni domesticado. Le había enseñado a sostenerse. A no huir. A ocupar su sitio sin pedir permiso.

Alina cruzó la puerta de la nave y siguió con el día.

Y el mundo, por primera vez, no parecía más grande que ella.